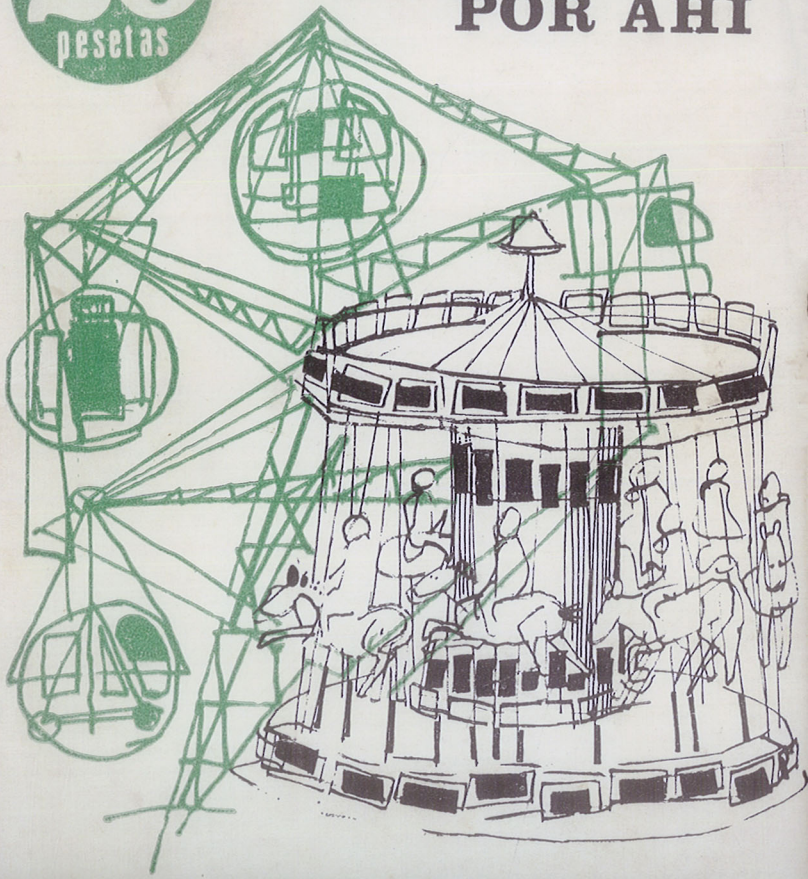
MANUEL ALONSO ALCALDE

20 pesetas

UNOS DE POR AHÍ



nº 30

la novela popular

contemporánea, inédita, española

UNOS DE POR AHÍ

30

LA NOVELA POPULAR

CONTEMPORANEA-INEDITA-ESPAÑOLA

LA NOVELA POPULAR
CONTEMPORANEA - INEDITA - ESPAÑOLA

Director: JORGE C. TRULOCK

Apartado 3241 - Teléf. 233 24 73 - Madrid-20

MANUEL ALONSO ALCALDE

UNOS DE POR AHÍ

LNP

1966

© MANUEL ALONSO ALCALDE, 1966

LA NOVELA POPULAR

Madrid - Barcelona

Depósito legal: M. 18.700-1965 N.° Rgtro. 9530-65

PRINTED IN SPAIN

Gráficas Gardal, Boix y Morer, 17. Madrid.

I

No, si el Tonio pensaba que Telino llevaba razón en lo que decía:

—Bueno. Acabas los estudios, ¿y qué? Supón que te encajas en "La Industrial, S. A.", donde el Celso. ¿Cuánto le dan al Celso? ¿Ocho duros diarios? Pues métete esto en la cabezota, macho. Ocho duros nos los abrochamos el *Carretera* y yo como quien lava, en menos de dos horas. Y sin que nadie nos amargue la vida.

Tampoco a él, el Tonio, le había seducido nunca la idea de enterrarse en una oficina como quería su madre. Sobre todo desde que se dio cuenta de lo difícil que era tropezarse con el Celso en la calle, fuera de los domingos, mientras a Telino y el *Carretera* podía uno encontrárselos a cualquier hora, en el barrio. Y si no hubiera sido porque su madre le traía acobardado, él, el Tonio, ya se habría piroteado del Instituto hacía tiempo. Porque, pensándolo bien, no era cosa de malograr su porvenir sólo porque la vieja se hubiera hecho sus planes por su cuenta, como si él, el Tonio, no pudiera

disponer de sí mismo en la forma que le diese la gana. Porque lo que decía Telino: "Las mujeres a remendar y a dar la teta. Los negocios para los hombres".

A él, el Tonio, no le resultaba lo de meterse en "La Industrial, S. A.", a escribir cartas a los consignatarios de la mañana a la noche, con una hora en medio para comer. El tenía sus aspiraciones y, por lo mismo, le tiraban más los negocios. Porque su primo Celso, del que hablaba la vieja a todas horas, se las daba de señorito porque le traían las corbatas de Tánger, pero a ver si podía compararse con Mauricio, el de los comestibles, que no se quitaba el guardapolvo de encima, pero tenía todos los dientes de arriba de oro y la mejor tienda de ultramarinos del barrio. Con todo, él, el Tonio, no veía el modo de plantear el asunto en su casa sin que su madre empezase a encampanarse y a gritar y diera el escándalo. Telino era un águila y sabía explicarse como nadie, pero el Tonio, tenía otra condición, y la idea de plantarle cara a la vieja le traía constantemente preocupado. Por algo era Telino la persona a quien más hubiera querido él parecerse.

Telino andaba aproximadamente por la misma edad que el Tonio, diecisiete años,

aunque era bastante más alto que él y aparentaba lo menos veinte. Le gustaba ir un poco encorvado para parecer cargado de espaldas, y también alargar la zancada y balancearse al caminar, porque estaba convencido de que de este modo su aspecto resultaba agresivo y matón, que era lo que él pretendía. Y como además iba siempre embutido en una cazadora, y sabía explicarse como nadie, y escupir con mucho estilo, y hablar de las mujeres adoptando un gesto cansado y displicente, él, el Tonio, se sentía a su lado un poco cohibido, algo así como si le abochornase su propia inexperiencia de la vida. En cambio, el *Carretera* no cohibía a nadie, entre otras razones porque era canijo, tartamudo y pecoso y llevaba las cejas levantadas como si continuamente estuviera asombrado por algo. El mote le venía de su padre, que había sido caminero en el término de Espeluy, antes de pasar el Estrecho para enrolarse en la Legión, pero él, el Tonio, le llamaba por su cuenta el *Chinchorro,* por su costumbre de marchar siempre un poco retirado de Telino, dos pasos detrás de él, como guardando las distancias, porque resultaba que el *Carretera* miraba al otro con una mezcla de admiración y respeto.

Telino y el *Carretera* eran amigos desde hacía tres años, aunque se habían prometido mutuamente seguir siéndolo durante muchos más, porque estaban completamente convencidos de que su sociedad les traía suerte. Al menos, hasta entonces, en el tiempo que llevaban juntos, nunca tuvieron un tropiezo, y eso que, según explicaban, ellos habían currelado ya lo suyo. Al principio de conocerse, anduvieron epatando a la gente con el juego de las tres cartas. Telino que era un águila y sabía explicarse como nadie, movía los naipes, y el *Carretera,* como era tartamudo y tenía un aire ingenuo y asombrado, servía de gancho. Sólo que en seguida estuvieron muy vistos, según ellos decían, y tuvieron que dejar la baraja. Entonces se dedicaron a la chatarra, primero cortando tuberías por los portales y luego con lo del cobre. Para "trabajar el cobre", como ellos lo llamaban, salían de noche, y eso era lo malo del asunto y el tener que andar mucho, porque productivo sí que resultaba, y Telino y el *Carretera* vivieron durante aquella época más a lo grande que lo habían hecho nunca. Iban provistos de unos alicates y una cuerda con un plomo en la punta; trotaban durante un par de kilómetros por la carretera de Benzú o la

del Tarajal y luego cambiaban de rumbo y se internaban en el campo hasta dar con los postes del teléfono; entonces echaban la cuerda a los cables y se colgaban de ella, cada uno por un extremo, hasta que una parte del tendido se venía abajo; después, con los alicates, troceaban el hilo y lo metían en un saco y al otro día se encajaban con él en la chatarrería. El cobre se vendía muy bonitamente, sólo que la cosa duró poco, porque en una ocasión echaron la cuerda a un teléfono militar y dejaron incomunicada una batería de costa, y, como los moros andaban por aquellos días con lo de la independencia, a la gente le dio por decir que había habido sabotaje, y Telino sintió miedo, y abandonaron.

Fue después de esto cuando empezaron a trabajar con los turistas, a la entrada de la carretera nueva, donde la catedral. Porque los coches que veían de Tetuán para el puerto, daban allí la vuelta y, al tomar la curva, disminuían la velocidad, y Telino y el otro aprovechaban el frenazo y se ponían a correr junto a ellos gritando: "Guía, guía", e incluso abrían la portezuela del auto y se colaban dentro, cuando podían. Al principio, se colocaban en la catedral por la mañana, a eso de las ocho, que era cuan-

do llegaban los franceses de Casablanca para tomar el barco de Algeciras, pero los "franceses de las ocho", como ellos les llamaban, fueron un fracaso: aparecían en un 4-4, reventando de niños y maletas, con aspecto de haberse pasado la vida en las colonias sólo para llegar a hacer aquel viaje, y ponían un gesto agrio, como si el día anterior todavía se hubiesen puesto los manguitos y hubieran andado papeleando entre expedientes, en una sórdida oficina con sofás de hule verde y legajos atados con balduque. Por eso, cuando Telino o el otro se aferraban a la manecilla de la puerta del coche, ellos se resistían y empezaban a soliviantarse y a protestar, como dando a entender que si se habían pasado la noche en la carretera era para ahorrarse el hotel de Ceuta, no para dilapidar sus ahorros en propinas.

Por esta razón, Telino y su amigo decidieron trasladar el negocio a media tarde, pasadas las cinco, ya que a esa hora todo resultaba diferente, y los extranjeros eran de otra clase, y llegaban en sus buenos botes, de los de ocho cilindros, y lo primero que pedían era una habitación y, además, si eran americanos de los de las bases, un sitio donde poder cenar unas perdices y

empaparse de coñac antes de subir al cabaret. A los americanos de las bases no les importaba que Telino o el otro se sentasen con ellos a la mesa, e incluso que les acompañaran después a la sala de fiestas, y luego que, como se emborrachaban, y pagaban en dólares, y Telino se encargaba de cambiar el dinero en los indios, al final, además de la voluntad, siempre salían con algún remanente.

A pesar de todo, a Telino y el *Carretera* se les iban muchos clientes por culpa de la versación, como decían ellos. Porque aunque Telino, que era un águila, llevaba siempre en prevención una libreta y un bolígrafo y se ponía a dialogar con quien fuese por medio de dibujos, la realidad era que ni aún así lograban entenderse con los extranjeros, y, con estas cosas, el negocio no acababa de encarrilarse. Por otra parte, los turistas se cansaban pronto de platicar con Telino o el otro para nada y, como veían su interés, desconfiaban de ellos en seguida y se iban a buscar un intérprete, que, porque llevaba gorra de plato y un botón con la bandera española en el ojal, cobraba por tarifa. Por esta causa, Telino y el *Carretera* habían pensado en el Tonio, que andaba por el sexto de bachiller y sabía francés y esas

cosas, y un día se fueron a buscarle. Dijo Telino:

—Tengo que hablar contigo, macho.

Y el Tonio:

—Bueno.

—Pero no aquí, ¿comprendes?

El Tonio respondió con un gesto ambiguo, y Telino concretó:

—En el túnel.

Telino sabía lo que se traía entre manos. su trabajo con los turistas estaba mal visto por los guardias y los guías del Ayuntamiento, que les llamaban intrusistas y les tenían amenazados con "el agujero", como solía designarse al calabozo de la prevención. Por eso, ellos procuraban andar con ojo y precaverse, porque no era la primera vez que se habían visto obligados a salir corriendo. Telino y el otro condujeron al Tonio a un túnel de desagüe que cruzaba la carretera por debajo del firme, pasado el puente nuevo. Era un rincón muy sucio, casi tenebroso, y Telino le llamaba "su refugio" y, acordándose de las películas, decía que allí preparaban el *Carretera* y él sus golpes.

Se sentaron los tres en el túnel, y Telino, que se explicaba como nadie, expuso en dos palabras el asunto. A continuación, inquirió:

—¿Qué te parece, macho?

El Tonio dijo que bien y entonces Telino, que se crecía trazando proyectos, se puso a explayar sus ideas: el suyo sería un trabajo por lo grande, a la americana, según dijo, porque él, el Tonio, trincaría su parte y Telino y el *Carretera* la suya; un asunto redondo, vamos. ¿No sabía el Tonio que las pensiones soltaban dos duros por cada cliente que les proporcionaban, y hasta cinco si era un extranjero? Pues ahí era donde Telino quería ir a parar; porque él, el Tonio, que había aprendido francés y esas cosas, se encargaría de la catedral como intérprete, mientras Telino y el *Carretera*, que sabían bandeárselas en lo otro, se dedicaban a buscar habitación para los turistas. Desde luego que, trabajando juntos, llegarían lejos.

—Pero que de verdad, ¿eh, macho?

Luego Telino preguntó al Tonio que qué era lo que había decidido y el otro respondió que le dejaran pensárselo unos días, y Telino replicó que bueno, pero que fuesen pocos, porque cada jornada que perdían era una billetada que se dejaban escapar. Y, con las mismas, se separaron.

Los días que siguieron los pasó el Tonio bastante preocupado, porque los otros le

apretaban continuamente para que se decidiese de una vez, y él quería decir que sí, naturalmente, pero el pensamiento de su madre, que le traía acobardado, le frenaba; al fin, Telino se cansó de esperar y una mañana se llevó a el Tonio al túnel.

—¿Qué hay de lo nuestro, macho? —dijo.

Y el otro trató de dar largas al asunto y adujo que, pensándolo bien, como le quedaban algunas horas libres después de clase, no era mala idea trabajar un par de ellas, todos los días, al salir del Instituto. Telino le miró fijamente, en silencio, durante un par de minutos; luego escupió con fuerza contra la pared, y cuando se puso a hablar lo hizo con mucha calma, adoptando un gesto desganado, aunque se notaba que otra cosa le quedaba dentro.

—Ya está bien, chavea, ¿no te parece? ¿De modo que queremos meterte en el bolsillo más dinero del que has ganado en tu vida, y te pones a racanear de ese modo? Pues ni hablar de ello, macho —Se volvió a el *Carretera*—. ¿No?

El *Carretera* se encasquilló y dijo que sí tres veces, y Telino siguió:

—Lo que pasa es que la vieja te tiene asustado.

Y como él, el Tonio, andaba ya medio con-

vencido y el otro le había picado el amor propio, y tampoco le seducía mucho la idea de enterrarse en una oficina, replicó débilmente:

—Pues después hablaré con mi madre.

Se animó Telino:

—¿Parola de la buena?

—Palabra.

La voz le salió al Tonio algo velada, y cuando, para sellar el pacto, se dieron las manos, sintió una emoción completamente nueva, porque acababa de romper con todo lo que había sido su vida hasta entonces y aquel acto de rebeldía le cosquilleaba agradablemente en el estómago.

II

Emilia ocupaba con el chico una barraquita de chapa en el barrio "de las latas". Y, si mientras vivió Cayetano, su marido, nunca abandonó la esperanza de llegar a tener una casa con ladrillos y tejas, como todo el mundo, ahora, que se había quedado viuda, no se hacía ilusiones a este respecto; aunque si su Tonio acababa el Bachillerato y se metía en "La Industrial, S. A.", con el Celso, todavía podía ocurrir que las cosas se arreglasen como ella quería.

Había que ver cómo estaba ahora el Celso. Como que no parecía la misma persona. Viéndole con su traje azul y su cadenita en la muñeca y alisándose el pelo a cada momento con un peine que llevaba en el bolsillo, nadie diría que era hijo de quien era, porque ella conocía a su hermano Adrián mejor que nadie, y sabía todo lo que podía esperarse de él; como que no había dado golpe en su vida y se defendía vendiendo pipas, chicle y tabaco con un carrito; pero, eso sí, cuando tuvo que arrimar el hombro para sacar adelante a su hijo lo hizo como

el primero. Claro que el Celso no había sido un muchacho como los otros del barrio, que gastaban el tiempo en golferías, sino que siempre fue muy preocupado y serio. Así llegó adonde llegó, nada menos que a contable de "La Industrial, S. A.", un puesto que ya quisiera ella para su Tonio. Pues, por causa del chico, el Adrián, que no había dado golpe en su vida, dejó lo de las pipas y se metió a ditero, echándose a la calle a cobrar recibos de la mañana hasta la noche. Y que no fue un día, sino seis años de trajinar como un desesperado; justo lo que tardó en ver situado al Celso. Entonces volvió de nuevo a su carrito; pero lo que él decía: "¿Qué necesito yo seguir con la dita, dando que hablar, si tengo al chico que me lo gana?" Porque el Celso cobraba un capital en "La Industrial, S. A.": mil ochocientas y las extraordinarias; una suma que hacía suspirar a Emilia. Y que, además, el muchacho se portaba bien con su padre, puesto que le pasaba una cantidad todos los meses. Desde luego que con hijos así daba gusto vivir. Por eso estaba ella tan interesada en que el Tonio se colocara en la oficina con su primo. El Celso la había prometido hablar por él en "La Industrial, S. A." y estaba seguro de conseguirle un empleo llega-

do el momento. Aparte de que su Tonio era un talento, no es porque ella fuese su madre, pero lo era. Claro que Emilia no sabía leer, pero eso no quitaba para que le oyera hablar de cuentas y de latín y se embelesase por el modo como lo hacía.

Su Tonio crecía bastante deprisa, aunque ojeroso y un poco esmirriado, y, de un tiempo a esta parte, con aire de estar maquinando alguna cosa interiormente. Y esto era, sobre todo, lo que a ella le tenía preocupada; porque la sola idea de que al final el muchacho fuera a salir un fantástico, como lo había sido Cayetano, la amargaba la existencia, y por nada del mundo hubiera querido ella pasar con su Tonio todo lo que la tocó padecer con su marido, que en gloria estuviera.

Cayetano había sido pescador y aunque aseguraba que no le gustaba el oficio y que para echarse a la mar había que estar loco perdido, no tuvo otra ilusión durante su vida que llegar a ser dueño de una embarcación, porque, según decía, él tenía sus aspiraciones y no le agradaba sudar el jornal para nadie. Aunque, en realidad, la que había pasado las penas fue Emilia, porque, como Cayetano andaba embarcado en una traíña, "a la parte", siempre le liquidaban

la suya de una vez y él metía el dinero en el Monte —"para su barco"— y a ella sólo le dejaba una miseria. Y luego que, como se pasaba los días a bordo y nunca se enteraba de nada de lo que ocurría en su casa, vivía tan feliz, y Emilia se veía obligada a prescindir de su ayuda, asistiendo por los pisos o entrando a trabajar por temporadas en la Fábrica del Pescado. Por eso estaba pero que hartita de pasar apuros y suspirando por el día en que su Tonio le pudiera echar una mano.

Cayetano tuvo por fin su barco, al que puso *Tonio,* por el chico. La embarcación no era realmente mucho mayor que una patera, pero como él era así de fantasioso, la pintó de verde, le echó cuatro petromax encima, la aparejó con un motorcito de dos tiempos y una vela latina y se dedicó a darse tono de armador, como si hubiera botado una traíña. Sólo que, cuando fue dueño del barco, se levantaba tarde y se metía a emborracharse a la Cofradía de Pescadores o a jugar a las cartas con los guardamuelles, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Y aunque por la noche salía a la mar a zurrar calamares con el chico, las cosas continuaron tan mal como siempre. Así hasta que murió Cayetano, dejando a su

mujer podrida de deudas y con un hijo que tenía en aquella época doce años y que, como no se había enseñado a navegar, se mareaba con sólo asomarse a la bocana y no le querían por eso en ningún barco. Ella, entonces, vendió la patera, y con las seis mil pesetas que le dieron pagó algunos pufos, puso al niño en el Instituto y continuó fregando suelos, como de costumbre, para ayudarse.

Una tarde llegó el Tonio diciendo que le dolía la cabeza y Emilia se asustó un poco "porque estaba blanquito como la pared", y le preparó una taza de leche y le mandó a la cama, pero como el chico dijo que no quería acostarse y empezó a explicar que ya le había pasado otras veces aquello de ponerse a estudiar y que le diera la punzada y tener que dejarlo, ella, que era la primera vez que se lo oía, replicó que no se preocupase, que eso sería de la vista, y entonces el Tonio comenzó a retrucar, manoteando mucho, muy nervioso, y Emilia, que le conocía, sacó en consecuencia, por lo que hablaba, que al chico le había dado la venada y se le había puesto de repente no seguir con los libros, pero como también se enredó a contar algo acerca de un negocio que tenía tratado con unos amigos se

alarmó y tiró de él por un brazo y le llevó a la ventana diciendo:

—Ven acá.

Allí le cogió por los pelos para obligarle a levantar la cabeza, y cuando vio que torcía los ojos, como hacía de niño, y que además se le había arrebatado la cara preguntó qué clase de enredos eran los que se traía entre manos, gritando que estaba listo si creía que ella se había pasado todos aquellos años hecha una esclava para nada, pero que listo, y que ella ya sabía que un día u otro tenía que ocurrir una cosa así y, como remate, le dio una bofetada. El Tonio apretó los labios y con la voz empañada, pero terca, replicó:

—Lo que es al Isti yo no vuelvo. Pero que nunca más.

Y al decir esto sintió la misma impresión que si acabase de lanzarse desde un avión al vacío.

Emilia estuvo machacando sobre el asunto un par de horas. De pronto, se embalaba y se ponía a chillar, y la emprendía a coces y tirones de pelo con el chico, aunque en seguida se calmaba y empezaba a razonar con él y a hablar del Celso. Sin embargo, el Tonio se mantuvo firme y aferrado a su idea,

como si concentrase en ella todas sus energías.

—Pero que nunca más, que nunca.

Al fin, Emilia se hartó de porfiar, lloró un poco, dijo que eso la pasaba a ella por ser una tonta, pero que qué se le iba a hacer y fue a desahogarse a la tienda de Mauricio, el vendedor de comestibles.

—Fíjate —dijo a éste—. Después de los años que lleva gastando el tiempo, sin ganar una gorda.

Mientras hablaba, Mauricio levantaba los ojos hacia ella, sin dejar por eso de trajinar en sus sacos y sus botes de leche. Había adoptado un gesto contristado, de circunstancias, y mostraba la fila de sus dientes de oro, pensando que aunque los problemas de Emilia no le afectaban, había que reconocer que si las cosas hubieran rodado de distinta manera, el Tonio podía haber sido hijo suyo y no de Cayetano; porque hacía veinte años, él estuvo a punto de casarse con Emilia, y ahora, sin embargo, ella iba allí a contarle sus cuitas. Claro que hacía veinte años, Emilia no andaba en chancletas, como ahora, ni tenía el estómago caído y las piernas abultadas por las varices, sino que entonces la llamaban la *Greta*, y uno se sentía importante paseándola del

brazo por el barrio. Pensándolo bien la vida era una cosa verdaderamente extraña, ya que si no hubiera sido por lo de la boca, Emilia no estaría ahora detrás del mostrador, sino de la otra parte, pesando lentejas a su lado.

Cuando Emilia y Mauricio se hicieron novios, aún llevaba éste todos los dientes de arriba echados a perder, por causa de las aguas, según le dijeron; sólo que, como era un hombre metódico y se iba poniendo los de oro pieza por pieza, a medida que prosperaba el negocio, Emilia tuvo tiempo de conocer a Cayetano, que lucía la dentadura completa y se casó con él, y Mauricio continuó soltero, colocándose cada vez más dientes y haciendo prosperar el negocio. Ahora era dueño del mejor almacén de ultramarinos del barrio, con una *frigidaire* de cuatro metros cúbicos y un local pintado al estuco, con barras de neón y baldas de cristal, donde todo aparecía muy limpio, ordenado y curioso.

—Habrá que ver qué negocios serán ésos. Otro como mi Cayetano, que esté en gloria —habló Emilia y Mauricio asintió a sus palabras en silencio, porque comprendía que si decía alguna cosa la otra podía interpretarlo por el mal sentido, puesto que ha-

cía veinte años él se había cansado de decirla que casándose con Cayetano no iba a ninguna parte. No obstante, preguntó a continuación:

—¿Y qué piensas hacer con el chico?

Repuso ella, sombría:

—Nada. Pero, desde ahora, como si hubiera muerto, ¿comprendes?

Mauricio adujo entonces que por qué no metía en vereda al muchacho y le obligaba por la fuerza, puesto que al fin y al cabo era su madre y tenía la ley de su parte. Dijo Emilia:

—Estaría bueno que tuvieran que traérmelo los guardias, después de todo lo que yo he hecho por él.

Mauricio siguió pesando lentejas en silencio, luego volvió a alzar la mirada y, al hacerlo, retrocedió veinte años con su imaginación y le pareció que otra vez estaba oyendo hablar a la *Greta*. Pasado un instante dijo:

—De todos modos ya sabes dónde me tienes, como siempre.

Y como Emilia se puso a llorar y la gente a observarles, Mauricio hubo de abandonar la tienda y acompañarla a la barraca.

III

Había que reconocer que, desde que se juntó con Telino, el Tonio había prosperado mucho y de prisa. Ahora manejaba dinero y se desenvolvía con otra soltura y otro mundo, porque el trato con los turistas tenía eso, como él decía, que se codeaba uno con lo mejor; pero eso no quitaba para que el Tonio tuviera sus preocupaciones, porque como su madre no había querido volver a saber nada de él, y hasta el Celso había dejado de hablarle, se veía obligado a vivir completamente desligado de su familia. No obstante, él no se sentía apesadumbrado por ello, ya que se hallaba convencido de que, a la vuelta de unos meses, podría presentarse otra vez en su casa, pero que por la puerta grande, e incluso preguntar a la vieja que a ver quién de los dos había tenido razón. Por lo pronto, el Tonio ya se había comprado un reloj y una cazadora como la de Telino, y, si se daba bien la cosa, no pasaría mucho tiempo sin que le trajeran también las corbatas de Tánger lo mismo que a su primo. Aunque, en realidad, como

decía Telino, al Tonio, que no había visto veinte duros juntos en su vida, un dólar le seguía pareciendo una fortuna.

Sin embargo, mientras el Tonio se mostraba cada vez más ilusionado, a Telino y el *Carretera,* desde que empezó lo de la independencia, se les había enfriado mucho su primer entusiasmo. Por eso, cuando el otro les fue con lo de las sucursales, Telino puso un gesto aburrido, diciendo que le dejara en paz con tanto cuento; y esto le sentó mal al Tonio, porque lo que él decía: "Se tiene o no se tiene iniciativa para los negocios, pero, si se tiene, lo menos que hay que hacer es reconocérselo a uno". A ver si no era una idea lo de poner una sucursal del negocio en Casablanca; pero una sucursal por todo lo alto, en un establecimiento con oficina, mostrador, carteles de turismo y todas esas cosas. Naturalmente que no era un proyecto como para ser puesto en práctica mañana mismo, pero tampoco para despreciarlo como Telino había hecho. Al fin y al cabo, él había estudiado hasta el sexto, en el Instituto, y tenía motivos para saber de lo que hablaba.

El Tonio vivía ahora en una habitación alquilada; para comer, se juntaba con Telino y el otro en la bodega del Pancho, y,

al terminar, el Tonio se iba a la Catedral y los otros a lo de las pensiones. Con estas cosas, el Tonio había aprendido a manejarse, y nadie, ni Emilia siquiera, hubiese podido reconocer en él al muchacho esmirriado y más bien corto que había sido sólo unos meses antes; porque ahora el Tonio se las brujuleaba como el primero, como él decía. Además que, desde que subía al cabaret algunas noches con los americanos de las bases, fumaba Chéster, escupía con mucho estilo e incluso hablaba de las mujeres con gesto displicente, copiado de Telino.

Fue entonces cuando conoció a la *Egipcia,* la dueña de la sala de fiestas de "La Estrella". La llamaban así porque en su juventud, para darse cartel, apareció diciendo que había nacido en el Cairo, aunque, en realidad, venía de una cábila del interior. La *Egipcia* constituía una verdadera potencia en el "cruce de las tres calles" y tenía a gala decir que su establecimiento estaba siempre al día, porque para algo contrataba ella a las tanguistas de más postín. En la actualidad, la *Egipcia* podría tener cincuenta años, pero, aunque estaba ya fondona, en cuanto se echaba encima toda su pedrería y se ponía a hablar de las Pirámides, causaba impresión; al Tonio, al menos. A la

Egipcia le había caído simpático el chico, porque la llevaba buenos clientes, de los que apoquinaban sesenta duros por una botella de machaco, sin piar; y, para agradecérselo, le convidaba, a veces, a tomar una copa, y hasta le dejaba alternar con las artistas de su establecimiento, y, con estas cosas, el Tonio se crecía.

El negocio con los turistas, acabó pronto. Ya desde lo de la independencia empezaron a escasear los viajeros, y los pocos que llegaban, lo hacían en caravanas, con lo cual no necesitaban de nadie; aparte de que venían asustados de lo que pasaba en la Zona Francesa, y producían la impresión, por su aspecto, de que lo único que deseaban era tomar el barco lo más de prisa posible para poner el Estrecho de por medio. Así, llegó un momento en que por la carretera de Tetuán no se veía un coche extranjero, y Telino, el Tonio y el otro se vieron obligados a reconocer que se les había terminado el momio, como ellos lo llamaban. Se habían reunido en el túnel, donde siempre, y Telino, que sabía explicarse como nadie, hizo un breve resumen de la situación. Se dirigió al Tonio, puesto que a el *Carretera* no le concedían beligerancia:

—Tú diras lo que hacemos, macho.

El Tonio alzó los hombros. Realmente, el nuevo estado de cosas le había cogido de sorpresa, porque, como era un fantástico, según afirmaba su madre, que le conocía, había seguido trazando proyectos sobre lo de las sucursales hasta última hora, sin percatarse del desastre hasta que lo tuvo encima. Aventuró Telino:

—Podíamos volver a la chatarra.

Al Tonio no le agradó la idea. Él estaba empeñado en demostrar a su madre lo que daban de sí los negocios, y aspiraba a algo más que a vivir de caspicies, como él decía. Así lo hizo constar, y Telino escupió contra la pared y guardó silencio, porque verdaderamente no veía otra solución. Fue el Tonio quien aventuró la idea:

—Lo mejor sería que nos separásemos —dijo.

Telino consideró despacio aquel nuevo aspecto de la cuestión. En realidad, no había ninguna razón para seguir unidos, sobre todo después de conocer a fondo al Tonio, que, con sus fantasías y sus cosas, empezaba a constituir un estorbo. Por otra parte, Telino y el *Carretera* se conocían bien y habían andado siempre juntos, y, desde luego, no tenían tantas pretensiones como el otro. Dijo Telino:

—Pues bueno, macho. Nos separamos. —Se volvió a el *Carretera*— ¿Qué dices tú?

El *Carretera* no dijo nada, ni Telino esperaba que lo hiciese, sólo que, como era un asunto que les concernía a los dos, le había parecido oportuno recabar su opinión por pura fórmula. Añadió Telino:

—Todos de acuerdo. Así da gusto. Vamos.

Y salieron del túnel, y al llegar, precisamente, donde la Catedral se dijeron adiós sin mucho entusiasmo, y Telino y el *Carretera* se fueron por su lado y el otro por el suyo.

El Tonio anduvo un rato por las calles sin rumbo fijo, aunque, al final, por la fuerza de la costumbre, fue a dar en el puerto. Allí se puso a pasear junto al trasbordador que, vacío y con las calderas medio apagadas, parecía más grande. En la toldilla había un marinero, acodado en la borda, con traza de aburrido. Al divisar al Tonio, se animó un poco con vistas a la conversación, puesto que lo recordaba de verle por el barco acompañando a los turistas. Dijo:

—¿Qué hay, tú?

El Tonio contestó con desgana:

—Ya ves.

Y siguió andando, como si nada, porque él no se encontraba ahora para charlar con

nadie; al contrario, lo que necesitaba era estar solo y meditar detenidamente en sus problemas. Desde luego que ni hablar de volver con su madre; a última hora, se pondría a vender rubio donde "las tres calles" como otros, o a hacer lo que fuera, cualquier cosa menos agachar las orejas y confesar que había fracasado. Y, en realidad, nadie podía decir que esto hubiera ocurrido, sino que los negocios eran así, y lo mismo salían bien que mal, y un día andaba uno con la cartera llena de billetes y al siguiente se encontraba en la miseria. Aparte de que, ahora que había aprendido a vivir, se le haría muy cuesta arriba reanudar su antigua existencia; sobre todo, pensando en el Celso, que aprovecharía la ocasión para darse tono y asegurar que él ya había anunciado lo que iba a suceder. Con estas ideas, el Tonio llegó al final de la alineación y fue a sentarse en un noray, de cara a la bocana.

Al otro lado del Estrecho, destacaba vagamente el Peñón, con su doble joroba color cinabrio, y, un poco más lejos, la costa de Tarifa. Y al verla, el Tonio se acordó de el *Bujías,* un tipo que conoció en el cabaret de la *Egipcia* y que, según le dijeron después, era el único para meter un coche de matute en la Península, y que, por lo que contaban,

se había forrado con estas cosas. Realmente, un trabajo así era lo que a él, el Tonio, le estaba haciendo falta. Un negocio de altura, que se adaptase a sus condiciones, porque él seguía convencido de que con su iniciativa llegaría muy lejos, siempre que el asunto mereciese la pena.

Encendió un cigarrillo, haciendo un hueco con las manos para hurtar la llama a la brisa. La idea que acababa de deslizarse en su imaginación le había puesto de un humor excelente. Porque estaba seguro de que la *Egipcia* hablaría en su favor a el *Bujías* si el Tonio se lo pedía, y en cuanto aquél se diera cuenta de sus aptitudes, le pondría a trabajar consigo, en seguida. Con este pensamiento, reanudó su paseo. Durante unos instantes le había parecido que el mundo se le caía encima, pero ahora todo volvía a clarearse. Y eso es lo que más le gustaba al Tonio de los negocios, que, cuando a uno le parecía que había tocado fondo y que ya no había nada que hacer, siempre se encontraba una salida. Por eso, cuando el Tonio conoció mejor a Telino, se había desilusionado de él; porque no era lo malo que careciese de imaginación, sino que rechazara sistemáticamente cualquier iniciativa. En realidad, pensándolo bien, lo que había ocu-

rrido era lo mejor, puesto que ahora se le presentaba la ocasión de demostrar todo lo que era capaz de hacer, no como cuando andaba subordinado a Telino. Claro que primero había que contar con *Bujías*. Y como la impaciencia le aguijaba, el Tonio llegó al Puente del Cristo, cogió un autobús y se fue a visitar a la *Egipcia,* puesto que, en su imaginación, los negocios eran así, y como él decía, había que atraparlos sobre la marcha.

IV

Paco *Bujías* tenía pinta de intelectual, y eso le valía de mucho, y él lo sabía, y le gustaba alardear de ello, y, cuando se ponía las gafas, adoptaba un gesto vagamente condescendiente, como dando a entender que bien, que lo que los otros decían podía ser verdad, pero que si él estaba allí, la última palabra era la suya, porque para algo había sido vocal del Sindicato de Transportes durante tres años. Por eso, cuando Dimas pidió otras dos copas y dijo que lo mejor era dejar el asunto como estaba, que más se perdió en Cuba, Paco *Bujías* se acodó sobre la barra y miró al otro con benevolencia, como si no concediera demasiada importancia a lo que estaba hablando. Porque Dimas habría sido todo lo *croupier* de una casa de juego que quisiera, pero en asuntos de dignidad, cero. Y se puso a razonar con mucha calma y explicando mucho las cosas, como si estuviera dirigiéndose a una criatura. Él, Dimas y Hamido, contra el *Percha* y su gente, ¿estaba claro? Una guerra sin cuartel, ¿comprendía? Porque uno podía ser co-

sario o matutero o lo que fuese, pero sin meterse en el terreno de nadie. Cada uno con lo suyo y a respetarse mutuamente. Y lo que hizo el *Percha* no tenía nombre y él no podía consentírselo y allí estaba él para demostrarlo. Dimas pidió otra copa de aguardiente y dijo: "Beba usted", y *Bujías* la vació de un trago.

—No es por el huevo, como otro quien dice, sino por el fuero, ¿te haces cargo?

Dimas se encogió de hombros sin responder, porque no estaba muy seguro de haber comprendido. Añadió *Bujías:*

—De forma que tú dirás al lado de quién te pones.

Paco *Bujías* estaba completamente seguro de Hamido, pero no de Dimas, y por eso fue el preguntarle, porque él quería saber con quién contaba antes de romper las hostilidades. Y que estaba decidido a hacerlo. Lo de menos era que no hubiese nada convenido entre el *Percha* y él al respecto, puesto que los hombres eran hombres donde quiera que estuviesen, y si Paco *Bujías* nunca se metió donde el otro, a ver por qué razón no iba a corresponderle a él. Vamos que lo de que el *Percha* hubiese pasado un coche a la Península, guindándole un cliente a *Bujías,* le había llegado a lo vivo. Y no por

nada, sino por el precedente, porque dónde íbamos a parar si se perdía la formalidad hasta ese extremo. Como todo el mundo sabía, el *Percha* se dedicaba al contrabando y él a los coches, y así había sido siempre y así tenía que ser, y si alguna vez se le terció a *Bujías* un alijo, nunca dejó de rechazar el asunto con mucha dignidad, pasándoselo a el *Percha*, como correspondía.

Dimas contestó que naturalmente estaba de su parte, aunque sin poner excesivo calor en sus palabras, y era que pensaba que si se tratara sólo de el *Manús* o Ramírez, todavía, pero que el *Percha* era un pájaro de muchísimo cuidado. Como que, según decían, había andado a tiros en dos ocasiones con los carabineros, y era tan bragado que una vez salió a Gibraltar con un bote lleno de tabaco, y como no pudo sacarlo de noche, porque estaban los barcos ingleses en la bahía por la visita de la Reina, tuvo la cara de esperar a que se hiciera de día y meterse remando en Algeciras a plena luz. Y luego, que, como se gastaba ese cartel con las mujeres y le llamaban el *Percha* por la percha que tenía, siempre había alguna que le echara una mano, y hasta que lo escondiese, si llegaba el caso, por el tiempo que fuera necesario.

Pues con esta clase de sujeto quería enfrentarse el otro, nada menos. Y aunque a Paco nadie le discutiera sus conocimientos en la manera de apañar una carta gris o cambiar el número de un motor, en lo de querer provocar a el *Percha,* un tío acostumbrado a la gresca, estaba yendo demasiado lejos. Y parecía mentira que le hubiera dado por ahí, porque Paco era un hombre más bien tranquilo, que tenía cuatro hijos y miraba mucho por ellos. Claro que, después de todo, a Dimas qué otra alternativa le quedaba que seguir con *Bujías.* Él sería lo que fuese, pero sabía ser agradecido y no había olvidado que, dos años antes, cuando llegó a Ceuta con el cuento de que había sido *croupier* del Casino de Tánger y se salió de allí por ciertas diferencias de la casa, Paco *Bujías* fue la única persona que le echó una mano. Porque, aunque se presentó hablando del turnal, la ruleta y el bacará, como quien conocía a fondo la cosa, y causó con ello mucho efecto, hubo de emplearse de chófer con el dueño de una camioneta, y, si no hubiera sido porque conoció a *Bujías* en el Sindicato, nunca habría pasado de ahí. Y eso que tuvo buen cuidado de ocultar la verdad de lo ocurrido en Tánger, porque a nadie le interesaba saber que a lo único que

había llegado en el Casino fue a pinche de cocina y que si le echaron de allí fue por dedicarse a hacer negocios por su cuenta con las conservas.

Por aquella época, *Bujías* tenía un coche al punto, aunque andaba quejándose de que, desde que el Gobierno mandó quitar las casas por lo de la trata de blancas y todo eso, el asunto de la parada se había venido completamente abajo, y que, al menos por lo que a él respectaba, estaba pensando en dar el traspaso. Entonces Dimas fue y le dijo que, si no le importaba, podían llegar a un arreglo, y que, como él había sido *croupier* de una sala de juego y tenía urbanidad y trato, podría echarse encima el mandil y la gorra y ponerse al volante y en todo lo que sacasen con el coche irían a medias, menos la gasolina, que correría por su cuenta. *Bujías* aceptó el convenio, sólo por hacerle un favor, según dijo, y abandonó la parada y se dedicó a sus asuntos, y, como en lo de pasar un coche sin permiso de importación estaba al cabo de la calle, hizo algún dinero, vendió el taxi, llamó a Dimas y Hamido "sus ayudantes" y asignó un sueldo a cada uno, al moro sesenta duros, lo justo para su té y sus jureles, y a Dimas mil quinientas pesetas. Y era que, como decía éste, todavía ha-

bía clases, y, aunque ninguno de los dos tuviese mucho que hacer y cumpliesen con dar la cara y firmar papeles para, si las cosas se daban mal, ir a la cárcel por cuenta del otro, Dimas era el brazo derecho de *Bujías,* y quien le representaba en las subastas cuando se trataba de comprar un Citroen desguazado del año 34 para aprovechar su numeración, y llevaba los coches a la Península para hacer su entrega a los clientes.

El moro se alistó con *Bujías* bastante después que Dimas, y había que reconocer que también había resuelto sus papeletas, especialmente cuando Paco le utilizaba como intérprete en sus trajines por Tetuán y Larache, ya que, si bien carecía de experiencia, era capaz de permanecer en un sitio las horas que fuesen porque para algo era moro, y esto resultaba en ocasiones de mucha utilidad.

Hamido había sido dueño de una tiendecita en el barrio del Príncipe, un local reducido, donde se vendía de todo, incluso pinchitos, que él mismo asaba en el hornillo a la puerta del establecimiento. No obstante, cuando empezó lo de la "pendensia", como él decía, tuvo que dejar el comercio, porque a Hamido, que había nacido en Ceuta y estaba nacionalizado español, se le ocurrió

colgar un retrato de Mohamed V en la tienda, y por mucho que aseguró después que "él no quería saber nada de pulítica, que él estar comersiante y safi", los moros del Príncipe se empeñaron en boicotearle el negocio, por ese detalle del retrato. Y era que no acababan de comprender que a Hamido le tuvieran sin cuidado la política, y que si puso al Sultán en el comercio, no fue por jugar con dos barajas como le criticaban, sino porque él tenía ese carácter y le gustaba congraciarse con la gente y vivir en paz con todo el mundo. Sin embargo, como se le hacía muy cuesta arriba ponerse a sí mismo en la calle, resistió cuanto pudo, hasta un día en que, al abrir la tienda, se encontró una calavera y dos tibias pintadas de rojo sobre la puerta, y le entró miedo de veras, y se quitó de en medio. Pero Hámido era comerciante, y, aparte de lo de los pinchitos o de discutir el precio del huevo, no servía para otra cosa; por eso resultó más complicado de lo que él había creído, encontrar un empleo. Él se ofreció como guarda de noche en algunas obras, pero los capataces, en cuanto le veían así de apocado, no querían ni escucharle. Por fin, entró de camalo en el puerto, pero, como era un mal estibador porque estaba acostumbrado a pasar el

día tumbado sobre una estera, en la tienda, en seguida le llamaron del Sindicato. Y entonces fue cuando le cogió *Bujías* y se lo llevó con él.

Y, ahora, Hamido, que ya estaba al corriente de lo de el *Percha,* pensaba que la vida era una verdadera porquería. Porque, si él salió huyendo del Príncipe, fue porque era un hombre tranquilo y le gustaba vivir en paz con todo el mundo, no para que *Bujías* le complicase en sus diferencias con el otro. Y que habría que ver cómo acabaría aquello, porque, por lo que aseguraba Dimas, el *Percha* era un tipo, pero que de muchísimo cuidado. Hamido estaba asustado de lo que se les venía encima. Y no lo negaba. Él no era rifeño y no tenía por qué dárselas de valiente. Era de Ceuta, y su padre de Castillejos, pero él había preferido naturalizarse español, por lo de los cupos, cuando la escasez. Claro que se había nacionalizado a los 40 años, para que de ningún modo le pudiese coger una guerra, porque en estas cosas nunca se sabe lo que puede pasar. Y sin embargo, como la vida era una verdadera porquería, huyendo del Príncipe había venido a meterse en un buen jaleo. Y además sin escape, porque si dejaba a *Bujías,* a ver de qué iba él a comer.

Después de oír a Dimas, Paco *Bujías* se sintió más seguro, y esta idea le puso optimista, hasta el punto de que pasó sus brazos sobre los hombros de Dimas y Hamido, les estrechó a los dos en ellos y musitó, casi conmovido, con acento de orgullo: "Mis guardaespaldas, mis valientes", aunque, como olía a aguardiente, Dimas pensó si era que estaba ya bebido. Luego, *Bujías* se dirigió al del bar y dijo:

—Anda, convídanos.

Y el del bar sirvió más anís y una Coca-Cola para Hamido, y *Bujías* adelantó su copa con cierta solemnidad y dijo:

—¿Brindamos?

Los otros respondieron lánguidamente:

—Bueno.

—¿Por lo nuestro?

—Sí.

Y bebieron, sólo que *Bujías,* al apurar el licor de un trago, alentó con fuerza, como hacen los del whisky, en el cine, porque comprendía que acababa de dar un paso verdaderamente importante.

V

El Tonio picó a la puerta de la *Egipcia* con cierto encogimiento, porque la escalera estaba pintada con flores y él no había visto una cosa igual en su vida, pero al reconocer su voz preguntando "¿quién es?" a través de la mirilla, se sintió más tranquilo; y, cuando la otra le abrió la puerta, entró diciendo "buenas" y pidiendo disculpas, muy fino, por haberse atrevido a molestarla en su piso, aunque asegurando que se trataba de un asunto muy urgente, y que por eso no había querido esperar a la noche para hablar con ella en el cabaret. La *Egipcia,* que estaba en quimono y sin pintar y parecía mucho más vieja, dijo que bueno y fue a sentarse en la cama turca y él a su lado, y preguntó que de qué se trataba, y entonces el Tonio la puso en antecedentes y, al final, la pidió que hablara por él a *Bujías.*

—Sí, desde luego —repuso ella, riendo, y le cogió una mano porque el chico le caía simpático; luego, se levantó diciendo que aguardase un momento, y se entró en otro cuarto, y el Tonio se puso a recorrer la ha-

bitación con la mirada, y reconoció que le gustaba, porque olía a perfume, y estaba empapelada en azul, y había un jarrón con flores articiales, y una Virgen con una luz, y muchos cojines, y él no había visto una cosa igual en su vida. Desde luego, que allí se podía vivir y no en una barraca de chapa del barrio "de las latas" como su madre, con una camilla sin faldas y oliendo continuamente a puchero. Ahora que si la *Egipcia* intercedía por él ante el *Bujías,* y la cosa salía bien, y prosperaba, no tendría nada de particular que a la vuelta de unos meses tuviera él una casa como aquélla, y hasta que le trajeran las corbatas de Tánger como al Celso. Porque todo lo que él necesitaba era un poco de suerte, que lo demás era cuenta suya. Y lo único que lamentaba era haber perdido tantos años con los libros para nada. Él, el Tonio, siempre había soñado, hasta de niño, con vivir a lo grande. Claro que si no hubiera sido por Telino y el *Carretera,* que le pusieron en camino, nunca se habría decidido a dar los pasos necesarios para lograrlo. Pero aquello, lo de Telino, no fue nada comparado con el porvenir que se abría ahora ante él. La *Egipcia* reapareció, rutilando, con toda su pedrería. Se había echado encima un vestido azul de brillo, y traía

el pelo recogido y los labios pintados, con intención de borrar la mala impresión que pudiera haber causado en el Tonio. Cogió al otro del brazo y dijo: "¿Vamos, chati?", y salieron, y cuando entraron en "La Estrella" por una puerta que daba a la escalera, no por la de la calle, porque para algo era la *Egipcia* la dueña del local, vieron en la barra a *Bujías* con una botella delante, completamente solo.

Paco *Bujías* era de los habituales a la sala de fiestas de "La Estrella", no por nada, sino porque el local estaba situado en el mismo "cruce de las tres calles" y allí recalaba mucha de la gente que a él le convenía tratar. Ocurría que "La Estrella" era un bar como los demás durante el día, con veladores de mármol y un mostrador corrido, pero en cuanto se hacía de noche y se encendían unas bombillitas rosas en los anaqueles, entre las botellas, y se ponía a tocar la orquesta, quedaba convertido en cabaret. Claro que a Paco *Bujías* le tenían sin cuidado las bombillas, porque él iba allí a lo suyo, y si estaba metido en harina, como él decía, se quedaba lo mismo si había orquesta que si no. *Bujías* no solía sentarse, sino que se plantaba desde el primer momento en el mostrador, y allí permanecía todo el tiempo,

porque, acostumbraba a decir que, "en los negocios, lo mismo que en el Circo, los mejores artistas trabajan en la barra".

La *Egipcia* se fue para él, seguida del Tonio, y empezó a hablar del chico, afirmando que el muchacho prometía y que había estudiado en el Instituto y que, bien mirado, podía servir de mucho, tanto como Dimas y el moro, por lo menos, y *Bujías* se puso las gafas y miró al Tonio con expresión condescendiente. Dijo:

—Pues, a lo mejor, sí. Déjamelo, a ver.

La *Egipcia* sonrió, cogió la mano del Tonio entre las suyas, le propinó algunos cachetitos sobre los dedos, diciendo: "¿Ves?", y se fue. Y el Tonio quedó con Paco *Bujías*, mano a mano, algo cohibido, pero absolutamente tranquilo a causa del buen recibimiento que acababan de hacerle. Inquirió Paco:

—¿Una copita?

Accedió el Tonio.

—Bueno.

Y el otro guardó los lentes; pidió un cristal al del bar, y él mismo escanció de la botella que tenía delante. Luego, se puso a hablar con mucha prosopopeya de sí mismo, diciendo que en Ceuta no había quien se le

pusiera delante en asuntos de coches, porque es que se las sabía todas.

—Como que me salieron los dientes en el oficio, como otro quien dice —explicó.

A continuación se enredó a hablar de su especialidad.

—Un trabajo muy personal, ¿comprendes? De mucha responsabilidad. Porque como el cliente no quiere saber nada hasta que la cosa está hecha, se manejan cientos de miles.

Al Tonio se le iluminó la mirada, porque oír hablar de miles le estremecía el corazón. Y Bujías, para darse importancia, porque comprendía que había impresionado al muchacho, se puso a platicar de divisas, permisos de importación, cupos autorizados y fondos de retorno. "Demasiado complicado", iba pensando el Tonio, hasta que, inopinadamente, se deslizó en la conversación el nombre de *Percha,* y él preguntó quién era y *Bujías* se interrumpió, torciendo el gesto y dijo, escuetamente:

—Un marrajo.

Y como todavía no se le había cerrado la herida, se puso a criticar al *Percha.*

—¿Y qué crees que se le ocurrió? Pues pisarme un parroquiano, ni más ni menos. Y que a saber el festival que le habrá orga-

nizado al comprador. Porque un auto no es un cartón de rubio, que se pasa en un bolsillo. Se mire por donde se mire, una faena.

Pero como el Tonio no estaba en antecedentes, Paco *Bujías* consideró oportuno explicarse, relatando lo ocurrido con todo detalle. Contó también que hacía una semana que venían buscándole las vueltas al *Percha* sin conseguirlo; nombró de pasada a Dimas y Hamido, y dijo, lamentándose:

—No me sirven, ¿comprendes? Absolutamente para nada. Hace una semana que empezó el jaleo, y ahí le tienes, tan pancho, carcajeándose de nosotros. Y bebiéndose, además, un dinero que me correspondía, con el *Manús*, Ramírez y los demás adláteres.

Se sirvió otro copa de vino, la apuró de un trago y depositó el vaso sobre el tablex de la barra con cierta violencia, ya que se sentía francamente indignado.

—Si no barandelamos al *Percha*, pero de verdad, no hay nada que rascar —dijo—. Porque mientras siga empeñado en hacerme la competencia, vamos al fracaso.

—¿Y qué piensa usted hacer? —preguntó el Tonio.

Bujías se encogió de hombros con indolencia, puesto que, en realidad, lo ignoraba,

puso la barbilla sobre las manos y guardó silencio. Fue el Tonio quien habló, aunque con mucha timidez, puesto que en presencia de *Bujías* se sentía cortado.

—¿Por qué no hace usted lo mismo que él?

El Tonio soltó su frase a bulto, sin suponer siquiera que el otro pudiese tomarla en consideración, y cuando al cabo de un minuto *Bujías* se volvió y dijo: "Repite el cuento, a ver", y extrajo nuevamente las gafas del bolsillo, se las puso y le miró con verdadera curiosidad, como si hasta entonces no se hubiese apercibido de su presencia, el Tonio se azoró, porque, en verdad, no creía que sus palabras tuvieran nada de particular. Insistió *Bujías*:

—Venga, repite eso.

Obedeció el Tonio:

—¿Que por qué no hace usted con el *Percha* lo mismo que él con usted?

Bujías entornó unos segundos los párpados, mientras observaba fijamente al otro. Después se echó a reír y dijo, como hablando consigo mismo:

—Claro.

Y añadió, poniendo sus manos en los hombros del Tonio:

—Eres algo grande, chavea.

Y aquél, aunque sorprendido, se sintió halagado por la alabanza.

Se había hecho de noche y la atmósfera estaba cargada de humo; un saxofón se había puesto a hacer virguerías en la orquesta, y una rubia había salido a cantar flamenco a la pista, y un grupo de guardamarinas extranjeros decía "¡Olé!" en un rincón del cabaret, aunque sin demasiada convicción, pero *Bujías* no vio nada de esto, porque su imaginación estaba ocupada en el nuevo plan de acción, y el Tonio, que se daba cuenta de ello, permaneció en silencio, a su lado, un poco aturdido, pero pensando que *Bujías* no era como Telino, puesto que aceptaba su iniciativa a la primera.

Al final, dijo *Bujías,* exultante de satisfacción:

—Desde mañana me paso al contrabando. Ya verás cómo eso sí que le hace pupa. Antes de un mes le voy a tener arrastrándose por el suelo. ¿No empezó él? Pues ahora nos toca a nosotros. Sin cuartel y con sus mismas armas.

Luego, añadió, abrazando al Tonio:

—Y tú conmigo, chaval. A mi lado. ¿Eh?

El Tonio asintió en silencio, y *Bujías* le abrazó de nuevo:

—No sé si te he dicho que eres algo grande, chavea. Pues lo eres —dijo.

VI

El *Percha* llegó a decir que Paco *Bujías* se acordaría de él si no se estaba quieto de una vez y dejaba de meterse en sus asuntos, pero aunque echó el reto a espaldas del otro, en la taberna de Pepín, no faltó un alma buena que le fuera con el cuento a *Bujías*. Dimas y Hamido se impresionaron mucho cuando lo supieron, y, desde entonces, andaban preocupados y taciturnos, pero Paco, al contrario, se mostró satisfecho y engreído y, por primera vez en su vida, empezó a adoptar un aire levemente matón, como dando a entender que él sería lo pacífico y de buena pasta que quisieran, pero que con él no se jugaba. Por otra parte, sus éxitos como matutero le tenían envanecido y, aunque tratase de aparentar otra cosa, le gustaba que dijeran de él que era un lince y que, aunque el contrabando no era su profesión, sabía del asunto tanto como el *Percha*. Y en realidad tenía motivos para alardear, puesto que en los tres meses que hacía que empezaron, habían metido ya cinco alijos, y de los gordos, sin dar un sólo

tropiezo. Y eso que sus medios eran muy limitados. Porque lo que él decía:

—Si yo tuviera una lancha rápida, con su radio y sus claves, como los contrabandistas de Tánger, a ver quién podía conmigo.

El caso era que Paco *Bujías* había empezado a aficionarse a su nuevo trabajo, que no era tan comprometedor como el otro y resultaba menos complicado. Bastaba con estar en contacto, por intermedio de un cosario que viajaba todos los días en el trasbordador, con un individuo de La Línea que llamaban Santitos, y mandarle los bultos con el Tonio, cuando el otro se lo pedía, en una marrajera que compró en un remate, y que tenía con matrícula de pesca y sus faroles y sus artes para disimular.

De este modo, el Tonio resultaba de gran ayuda, porque, aunque se mareaba al navegar, era el único, entre todos, que sabía llevar un timón, de cuando salía a zurrar calamares con su padre. *Bujías* le contaba ya entre los suyos y estaba muy satisfecho con el chico, porque era despabilado y tenía su inventiva y sus cosas. Ya lo demostró la noche que se conocieron en La Estrella y también al día siguiente, cuando *Bujías* convocó a los tres en la barra para discurrir

un plan entre todos. Dimas y el moro se cubrieron de gloria en aquella ocasión; Hamido ni llegó a abrir la boca y Dimas se puso a desbarrar por ella, que fue peor. Ocurrió que Paco, por más que hubiese adoptado un gesto condescendiente, como dando a entender que estaba al cabo de la calle, sabía entonces muy poco del asunto y quiso asesorarse, porque, para hacer la contra a un experto del matute como el *Percha,* había que hilar fino. Pero lo que propuso Dimas, aprovechar una expedición de soldados, para repartir entre ellos algunos cartones de tabaco, hasta un niño hubiera comprendido que era una simpleza.

—Mil soldados, a dos paquetes por cráneo, son dos mil paquetes. Luego, se les recogen a la salida de la Aduana y en paz.

En cambio, el Tonio se vio en seguida que tenía cerebro. Porque lo del barco fue idea suya, y aunque luego se fue de caña y empezó a hablar de enlaces y centros distribuidores y cosas por el estilo, y *Bujías* tuvo que frenarle, había que reconocer que, si no hubiera sido por el chico, a *Bujías* no se le habría ocurrido la manera de bajarle los humos al *Percha.*

Para la cuestión de los alijos, *Bujías* utilizaba al Tonio y el moro, porque Dimas no

quería ni oír hablar de Tánger, por lo de la sala de juego, según explicaba. Paco les daba dinero y les ponía un taxi con matrícula de Marruecos, a fin de que pasasen más desapercibidos, y los otros se encargaban de todo lo demás, incluso de engrasar al taxista, como decían ellos. Luego, en Tánger, compraban lo que les apetecía, porque en esto *Bujías* no tenía prejuicios, pero todo a granel; metían las cosas en un saco, dentro del coche, y Hamido se quedaba vigilando, que para algo era moro, mientras el Tonio se entretenía por la ciudad hasta la madrugada. El viaje de regreso nunca lo emprendían antes de las cuatro o las cinco, puesto que sabían que a esa hora los aduaneros acostumbraban a salir de la garita con el cuello subido y mucho sueño, y esto siempre venía bien. Sobre todo, por lo de Hamido, que se apeaba un poco antes de llegar al Borch y se iba dando un rodeo con el saco al hombro por fuera de la carretera, entre las lomas, hasta que rebasaba, lo menos un kilómetro para estar bien seguro, la barrera de la Aduana. Allí volvía a recogerle el Tonio, y, en Castillejos, repetían la operación; sólo que, entonces, en lugar de que Hamido se internase en el campo, pasaba bordeando la playa, que resultaba

menos trabajosa que los barbechos. Al día siguiente, Dimas preparaba los paquetes y, al otro, por la noche, se metía con ellos y el Tonio en el barco y atravesaban juntos el Estrecho hasta desembarcar cerca de Tarifa, donde había una casamata, de cuando la guerra. En aquel lugar, alumbrándose con una linterna, hacían el recuento con Santitos; luego, éste apoquinaba lo que fuera y ellos regresaban a bordo con el dinero y se iban a dormir unas horas al pueblo, y, por la tarde, volvían a cruzar el Estrecho; únicamente que, al llegar cerca de la bahía de Ceuta, fondeaban y echaban los palangres, pero bien a las claras, para que todo el mundo se diera cuenta de que eran marrajeros y no contrabandistas.

En uno de estos viajes, el Tonio conoció a el *Legionario,* en la tienda de un indio donde ellos compraban. Era un punto picado de viruela y extraordinariamente feo, pero que, en aquella ocasión, les sirvió de mucho, porque se conocía Tánger como la palma de la mano y hablaba con gran aplomo de la Bolsa y daba muy buenos consejos respecto a lo que convenía o no adquirir. Según explicó, él estaba juntando dinero para embarcarse a Venezuela, y el Tonio pensó que sería por eso, por lo que es-

tando como estaba tan al tanto de las cotizaciones, llevaba sólo unas alpargatas y un jersey en tercera vida con muchos rotos.

Cuando dejaron a Hamido en el coche aquella tarde, el Tonio se emparejó con el *Legionario* y se puso a recorrer las calles a su lado, y, mientras andaban, el tipo empezó a platicar acerca de su viaje. Decía que Venezuela era un país de mucho porvenir y que, teniendo un poco de olfato para los negocios, allí se ponía uno las botas en seguida. ¿No había visto él la cantidad de emigrantes que se embarcaban para allá todos los años? Pues por eso. Como que había minas por todas partes y, si uno las descubría, eran suyas; y petróleo.

—¿Sabes cómo le llaman al petróleo? El oro negro.

El Tonio le oía embelesado. Y cuando el *Legionario* dijo: "Yo por lo menos, confío en llegar a millonario", él no lo puso en duda y miró al otro con cierta reverencia, como si ya lo fuese.

Resultó que el individuo, según contó más tarde, había sido dueño de una fábrica de bicicletas en Bayona, pero que tuvo un disgusto gordo por causa de una rubia francesa y se enroló en el Tercio, aunque, lue-

go, le calentaron la cabeza con lo de las minas, y le dio la venada, y desertó. Desde entonces estaba juntando dinero para el pasaje, pero, aunque por esta causa andaba bastante aperreado, no le importaba gastarse doscientos francos todos los jueves para dedicar por la radio de Tánger a su antiguo sargento un disco que decía:

Aunque te pases la vida llorando,
contigo no vuelvo,
no vuelvo contigo...

Y cuando contaba esto, reía.

El Tonio, por lo que decía su amigo, dedujo que éste andaba metido en asuntos de moneda, cosa que debía tener su importancia, puesto que en Tánger cada cinco portales había una oficina de cambio. Y seguramente por eso estaba tan bien relacionado, ya que mucha gente le saludaba por la calle. Sin embargo, por lo que manifestó, él ya no quería saber nada de Tánger, porque, desde lo de la independencia, la ciudad se había venido abajo; y luego, que la Interpol andaba metiendo las narices por todas partes y uno no podía considerarse seguro en ningún sitio.

—Hay que emigrar cuanto antes —dijo—. Aquí ya no hay nada que hacer.

Por la noche estuvieron cenando en un restaurante de la calle del Estatuto, y allí le presentó el *Legionario* a dos individuos con acento extranjero, que también se enredaron a hablar de Venezuela con el otro. El Tonio abrió los oídos y se enteró de muchas cosas y dedujo que estaba perdiendo el tiempo con *Bujías,* puesto que, con sólo tomar un pasaje, podía plantarse en América y denunciar un filón y hacerse rico de la noche a la mañana; pero, como el asunto era completamente nuevo para él, se guardó de hacer comentarios. La cena de los cuatro, la pagó el Tonio, sintiéndose con ello muy honrado, y como, después, estuvieron en El Consulat bebiendo ginebra, a veinte duros la copa, y el Tonio se emborrachó un poco, y los otros le dejaron solo con la cuenta, resultó que a *Bujías* le salió la noche por dos mil pesetas, porque el Tonio tuvo que volver donde el taxi con un policía y coger tres relojes y dejarlos en el cabaret. Pero el Tonio no se sintió afligido por esto, porque comprendía que si el *Legionario* y los otros estaban reuniendo para el pasaje, era natural que se reservaran.

Algún tiempo después, en los viajes siguientes, el Tonio buscó a su amigo por todas partes y, al no encontrarlo, supuso que se habría embarcado. Y esta idea, le dejó enardecido.

VII

El *Percha* estaba francamente disgustado desde que le salió un competidor, porque el asunto del contrabando era muy delicado y ya tenía uno bastantes quebraderos de cabeza para que se le proporcionasen otras preocupaciones nuevas. Por eso, para que nadie se llamara a engaño, andaba diciendo que si se le agotaba la paciencia, alguno iba a tener que lamentarlo.

El *Percha* llevaba siempre consigo a el *Manús* y a Ramírez, pero como era un gallito y muchos le admiraban por esto, nunca había menos de cinco o seis personas, además de ellos, a su alrededor. Había fijado su cuartel general, como él lo llamaba, en la taberna de Pepín, y allí comía y hacía sus ajustes, y allí tenía que ir a buscarle todo el que quisiera verse con él. Se había hecho unas tarjetas, con su nombre y su apodo, y en ellas figuraba en una esquina: "Despacho: Casa Pepín". El era muy serio para los negocios, según predicaba, y cuando hacía un trato no escribía ni firmaba, sino que se daba la mano con el otro y lue-

go escupía en el suelo y pisaba encima diciendo: "La póliza", porque él tenía mucha palabra y no necesitaba que nadie viniera a recordarle las cláusulas del convenio.

El *Percha* vivía por el foso de San Felipe, y algunos, por eso, creían que era gitano. Parecía más alto de lo que era en realidad, porque siempre andaba muy estirado, y presumía de elegante porque usaba trajes ajustados y zapatos rojos de puntera alargada. Sin embargo, su verdadero orgullo lo cifraba en el pelo, que le caía hasta la nuca. Lo llevaba rizado y con dos andas, una a cada lado de la frente, y se daba pisto de que cuando estuvo en el servicio, no le habían pelado, pero que si algún Sargento se hubiera atrevido a hacerlo, habría tenido que mentarle la madre, porque a él no había quien le metiera mano al pelo.

El *Percha* tenía mucho cartel con las mujeres, todo el mundo lo sabía, y como, además, cantaba flamenco y era íntimo de Manolo Medina, el famoso cantaor, y no había otro en Ceuta que supiese lo que él del cante grande, imponía mucho respeto. Aparte de que, según decían, era muy echado para adelante. Él mismo contaba que, en dos ocasiones, había andado a tiros con los carabineros y, por consiguiente, no le importaba

jugarse el rostro con quien fuera. Siempre que se terciaba, refería que una vez le sacaron una pistola.

—Que quede esto entre nosotros, ¿sabes? —decía—. Una vez un tío me sacó una pistola, ¿sabes? Y el tío va y me dice: "A ver si galleas ahora". Y yo le digo: "Aguarda, que como no vea dentro a la Virgen del Carmen, te rajo". Y puse el ojo en el agujero, y, como no ví a la Virgen, le rajé.

La fama de el *Percha* se extendía hasta Ronda y, cuando salía en viaje de negocios, nunca faltaba quien le reconociese y se fuera con él a darse tono por los bares, en su compañía; con estas cosas andaba muy ufano y muy dueño de sí. Por eso, cuando se enteró de que Paco *Bujías* se había propuesto fastidiarle, se enojó mucho y empezó a gritar diciendo que no sabía con quien se jugaba los cuartos. Pero como *Bujías* no se amilanó, sino todo lo contrario, y fue pasando el tiempo, y ya iba para tres meses que empezó el barullo, y el *Percha* no parecía tener ninguna prisa en comenzar la gresca, la gente empezó a criticarle, aunque por detrás, y a decir que era un voceras y que sólo tenía fachada.

Incluso el *Manús* y Ramírez, sus adláteres, le miraban ahora de otro modo, como si

se sintiesen defraudados y un poco sorprendidos de que el *Percha* tuviese tanto cuero, ya que ellos opinaban que si tenía que haber sangre, cuanto antes mejor. El *Manús*, sobre todo, es que se espiritaba por oír al *Percha* tocando a generala y presentarse en "La Estrella", donde Paco *Bujías*, a dar qué hablar; pero como no ocurría nada de esto, sino que el *Percha* se contentaba con gritar mucho, pero nada más, cuando el *Manús* le veía alardeando delante de la gente, se sentía en ridículo, no por él, sino por el otro. *Alipori*, que decía Ramírez.

El *Percha* se daba cuenta de estas cosas y de que se estaba jugando su buen nombre. Aparte de que Paco *Bujías* les traía aburridos con sus alijos, y comprendía que, si no hacía él algo para remediarlo, acabaría por desbaratarles el negocio. No se le escapaba que la cuestión era más complicada de lo que parecía a primera vista, porque nunca llegó a sospechar que las cosas irían tan lejos, ya que estaba acostumbrado a impresionar y a que la gente se le blandease, y había supuesto que Paco se arrugaría como todos, porque para algo tenía él el cartel que tenía. Además de que *Bujías* era un hombre pacífico, y tenía cuatro hijos y miraba mucho por ellos, y no parecía pro-

pio que pudiera envalentonarse hasta ese extremo. Pero así había sido y así estaban las cosas. Y ahora al *Percha* no le quedaba otro remedio que dar la cara. Porque después de todo el chauchau que había habido en casa de Pepín, si se le ocurría volverse atrás, se desacreditaría irremisiblemente. Claro que él sabía lo que se hacía y consideraba que era mejor seguir viviendo del cartel que complicarse la existencia; porque, pensándolo bien, a nadie se le iba a ocurrir cerciorarse de si sus discrepancias con los carabineros terminaron a tiros, como él venía refiriendo o no. Y como le urgía resolver el problema, cogió y mandó un anónimo a la Policía, denunciando todo lo que sabía de *Bujías*.

El Tonio se enteró al otro día, por la mañana en "La Estrella". Dijo la *Egipcia:*

—La Policía te anda buscando, nene. —Y el Tonio no esperó a saber más y se fue.

En el puerto estaba Hamido, aguardándole, porque suponía que el chico recalaría donde el barco. Contó al Tonio que Dimas y *Bujías* estaban desde la noche antes en "el agujero", y que, según pudo enterarse, había habido un chivatazo. Luego, añadió que ya sabía él que las cosas terminarían así y que menos mal si ellos no acababan

también en la cárcel. El Tonio se puso muy nervioso y dijo que era la primera vez que le ocurría una cosa semejante y que qué opinaba Hamido que debían hacer, y el moro replicó que no sabía, aunque se le ocurrió en seguida que podían escapar en el bote. Entonces el Tonio preguntó si estaría bien dejar a *Bujías* y el otro en el atolladero, y el moro dijo que qué podían hacer ellos.

Resumió el Tonio:

—Pues lo que te parezca. ¿Nos quedamos?

Y Hamido:

—Hualo quedar. Jisira.

Y como el Tonio se había dejado convencer, saltaron los dos a bordo, soltaron la amarra del barco y se hicieron a la mar.

Hamido era la primera vez que navegaba y cuando llegaron a las corrientes y el barco empezó a dar balances, pensó si no hubiera sido mejor correr el riesgo en tierra, pero viendo que el Tonio estaba bastante tranquilo, y eso que se mareaba con nada, se repuso en seguida. Y como soplaba Poniente y el bote se movía poco y el Tonio lo manejaba bien, llegaron a la otra orilla a mediodía. El Tonio, que sólo fue a Tarifa y siempre de noche, nunca había visto el Peñón tan de cerca, y le resultó sorprendente comprobar que, a medida que se aproxi-

maban a la costa, cambiaba de color y de aspecto. Era una roca inmensa y si, como decían, estaba socavada, debía caber en ella una verdadera montaña de tabaco. "Buen asunto, comprar toda la partida de un golpe", pensó, pero inmediatamente se puso a considerar su situación y se vino abajo. Porque el Tonio tenía eso, que se desanimaba en seguida.

El barco bordeó Gibraltar y enfiló la bocana de Algeciras. Allí, el agua era verde y muy quieta, y la embarcación resbaló por ella suavemente, como si patinase. El Tonio paró el motor, para no andar llamando la atención con el petardeo, empuñó los remos y se puso a bogar. Arribó a un desembarcadero un poco apartado y amarró en una anilla. Luego saltaron a tierra y subieron al muelle, por una escalera cubierta de verdín. Preguntó el Tonio:

—¿Qué hacemos con el barco?

Replicó Hamido.

—Dija estar barca—, porque pensaba que a aquellas horas ya podían tener noticias de ellos en la Comandancia de Marina y lo mejor era que desapareciesen cuanto antes. El Tonio repuso que bien, aunque otra cosa le quedase por dentro, porque comprendía que al abandonar la embarcación, acababan

de volar los puentes detrás de sí. Luego Hamido se quitó la chilaba y el tarbus para ir más confiado, y juntos se encaminaron hacia el puerto. Acababa de llegar un autovía y el Tonio vió que los maleteros corrían junto al tren como los de Ceuta, tocándose el número de la gorra para identificarse, y dio al moro con el codo para que se fijara, haciéndole comprender que si las cosas se ponían verdaderamente mal, allí tenían una solución. Andaba con mucho desánimo, caída la cabeza y las manos en los bolsillos. Otra vez se le había venido el mundo encima, como cuando pasó lo de Telino. Unicamente que ahora era peor que entonces, puesto que no sólo se le había volado el negocio, sino que había estado a punto de ir a la cárcel. Y, en realidad, todavía no podía considerarse seguro. Si, al menos, hubiera tenido tiempo de buscar algunas ropas y un poco de dinero, su situación no le habría parecido tan grave, pero, con las prisas, no pensó en nada de esto, lo mismo que Hamido; a ver ahora de qué iban a vivir.

Llegaron a la Marina, y como se sentían laxos y desalentados, se sentaron en el estribo de un autobús de línea vacío. Hamido sacó su pipa y, como no llevaba quifi ni tabaco, ni el Tonio tampoco, cogió una colilla

del suelo, la deshizo en la cazoleta y se puso a fumar muy despacio, con la mirada perdida en el vacío, pensando que el chico podía sentirse impaciente si quería, pero que él era moro y no tenía ninguna prisa en resolver su situación.

El Tonio por su parte empezaba ya a considerar las cosas con más benevolencia; se había fijado que en la Marina había muchos bares y todos tenían sus veladores fuera, cubiertos con toldos, por el sol, pero también que, entre las mesas, había un tipo vendiendo plumas, boquillas y medallas, y como vio que le compraban e hizo un cálculo rápido y dedujo que no era mal asunto, había decidido pensar en ello en serio; entonces, se fue para el otro y le abordó directamente:

—¿Qué tal se da la cosa? —preguntó.

El tipo de las medallas adelantó el labio inferior y dijo que sólo regular, porque el género no era suyo, sino que trabajaba por la comisión, pero que si él tuviera parné para funcionar por su cuenta, se forraba. Y el Tonio volvió al estribo y puso en marcha su imaginación.

VIII

El Tonio le cogió pronto el aire a las medallas, y cuando andaba por entre las mesas, con la caja colgada de una correa que le pasaba por la nuca, diciendo: "Plumas", parecía que no hubiese hecho otra cosa en su vida. El dueño de la mercancía era un viejo de Málaga, que poseía una tienda de bisutería barata en el centro, pero que, por extender su negocio, había contratado a dos individuos que le trabajasen el puerto, porque en Algeciras el puerto constituía un mundo aparte. Él les llamaba "sus dependientes" y les tenía al veinte por ciento, uno en los barcos y el tren, y el otro en la Marina. Pero como no iba perdiendo nada con que fuesen tres en vez de dos, cuando el Tonio fue a rogarle que le admitiera, no puso inconvenientes. El Tonio no estaba muy satisfecho con su nuevo empleo, que era muy limitado y no ofrecía oportunidades de las que él pretendía, pero se conformaba, ya que al menos podían ir tirando, como él decía. Lo malo, que ahora tenía que ayudar también a Hamido y esto le sujeta-

ba, porque, aunque el moro se contentara con un duro para su té y sus jureles, y dormir, dormía en la sala de espera de la Estación, siempre era una preocupación más.

El viejo de Málaga era muy rutinario y carecía de visión para el comercio, y aunque el Tonio quiso abrirle los ojos, señalándole perspectivas nuevas que él no había sospechado, el otro no quiso atender a razones. No es que fuera su fuerte el asunto de las medallas, pero él, el Tonio, tenía iniciativa; y, sobre todo, que sabía francés y esas cosas, y conocía a los extranjeros mejor que nadie, y ni el viejo, con todos sus años, podía presumir de estar tan empapado como él en la materia. Por eso, si no hubiera sido porque tenía que pensar en el moro, ya le habría devuelto la bandeja de la mercancía y se hubiera puesto a buscarse la vida por otro lado. Y eso que todavía no había pasado una semana desde que llegaron. Claro que no era culpa de Hamido, porque el moro se daba cuenta de las cosas y hasta había intentado emplearse de maletero, con su gorra y su número, pero los del gremio se le echaron encima y no lo consintieron. Un día, a los diez de su estancia en Algeciras, el Tonio se encontró en la Marina al cosa-

rio del ferry. Éste se sorprendió mucho al verle, porque le suponía lejos.

—Pero, ¿qué haces aquí?

El Tonio replicó:

—Ya ves tú.

Y entonces el cosario se lo llevó aparte para hablar confidencialmente con él. El muchacho debía estar loco, y era un verdadero milagro que todavía no le hubiesen trincado. Pero, ¿es que el Tonio creía que con pasar el Estrecho estaba seguro? Pues no lo estaba, y si le apuraba un poco, casi era peor que viviese en Algeciras que en Ceuta, puesto que allí no tenía amigos. ¿O sí los tenía? El Tonio replicó que claro que no, que estaba solo con Hamido, y el cosario siguió diciendo:

—Yo que tú, desaparecería. Mejor hoy que mañana.

El Tonio preguntó que a dónde iban a ir, y el cosario contestó:

—A cualquier parte. A Madrid.

Explicó que en Madrid era difícil que les echaran mano, porque allí nadie les conocía y la Policía no iba a andar preguntando por la calle por ellos. El Tonio dijo que claro, pero que lo malo del asunto era el billete, porque no tenían un céntimo, y el del trasbordador se puso en guardia y movió la ca-

beza, lamentándose. El Tonio dijo entonces que si quería hacerle un favor y el otro que venga. ¿Sabía el cosario donde vivía él en Ceuta? Pues no tenía más que ir y preguntar por su habitación a la dueña de la pensión; abrir una maleta que el Tonio había dejado allí, sacar de debajo de un traje una cartera con mil quinientas pesetas y traérsela.

—Tenga la llave.

El cosario puso cara de zorro, cogió la llave y advirtió:

—En tu situación, yo no dejaría pasar un día más.

Y sacó un billetero y entregó al Tonio seiscientas pesetas para el viaje. El chico dijo: "Gracias", y después:

—Usted se cobra y el resto se lo da a guardar a la *Egipcia.*

El cosario contestó:

—Está bien. No te preocupes.

Y aunque el Tonio preguntó después por *Bujías,* el otro dijo que no sabía nada, y, como se había puesto nervioso porque estaba pensando en la maleta, le entró prisa: "Que haya mucha suerte", dijo, y se marchó.

El Tonio fue a buscar a Hamido y le encontró tumbado al sol, cerca de la playa. Explicó lo que pasaba y le mostró el dinero,

y Hamido echó a andar a su lado hacia la Estación, pensando que la vida era una verdadera porquería y que, desde un año a esta parte, no podía estar en paz en ningún sitio. En la taquilla sacaron dos terceras para Madrid. Luego, el Tonio dejó la caja de las medallas a su compañero, el del puerto, y se metieron en un tren que salía a las cuatro. Hasta que arrancó, el Tonio permaneció asomado a la ventanilla, porque se sentía inquieto y preocupado desde su conversación con el cosario, mientras Hamido se ponía a fumar en silencio con la mirada en el vacío. Sin embargo, cuando empezó el viaje, el Tonio fue animándose gradualmente. Pensaba que, al fin y al cabo, lo que les ocurría no tenía nada de particular y que, con su experiencia, no les resultaría extremadamente difícil abrirse camino en Madrid. Y por lo grande, a la americana, como decía Telino. Sólo que al llegar cerca de Córdoba vio a un policía, que se adelantaba por el pasillo levantándose la solapa y pidiendo la documentación, y le entró miedo, y llamó la atención de Hamido, y los dos salieron del departamento y se fueron al otro extremo del vagón, y cuando paró el tren, se bajaron, ya que, en realidad no llevaban documentación, y estaban reclama-

dos, y lo mismo les daba quedarse aquí que allí.

Era de noche cuando Hamido y el Tonio entraron en la ciudad, que estaba toda iluminada, porque se hallaba en ferias, y echaron a andar, sin mucho entusiasmo. Dieron en una calle con una posada a la antigua, con portalada, y mulas dentro, y carros, y pidieron precio y, como no era excesivo y a ellos les había sobrado algún dinero, alquilaron dos camas y durmieron hasta el día siguiente. Cuando se levantaron, el Tonio compró pan y pescado seco y se desayunó, y el moro entró en un café y pidió un té en un vaso y le sorbió despacio; pero como la infusión carecía de yerbabuena, se acordó, con tristeza, de su tienda del Príncipe. Luego, fueron a pasear. El Tonio creía tener una idea de Córdoba, de cuando estudiaba en el Instituto, por el Califato, pero cuando se aventuró por las calles, comprendió que la historia no servía de nada. La ciudad era blanca y tenía palmeras y algunas callejas estrechas, y el Tonio, nada más que por eso, se acordó de Tánger y de cuando iba por el Zoco, zascandileando, después de las compras, sin nada que hacer hasta la madrugada. Sólamente que en Tánger él pisaba fuerte, porque manejaba di-

nero y se sentía respaldado por *Bujías,* y allí, en Córdoba, era uno más entre la gente, un extraño, sin un patacón y perseguido por la policía, además. Y esta idea le tenía abrumado.

Estuvieron caminando hasta el mediodía, hablando poco, porque no tenían nada que decirse. Los dos se daban cuenta de que su situación se había complicado. Llegaron a una avenida donde estaban montadas las barracas y pasaron entre ellas, sin ver nada, ya que a aquella hora todavía se hallaban cerradas. Después, salieron paso a paso de la ciudad, y avanzaron, bordeando el río, hasta que se cansaron. Entonces, Hamido se tumbó entre unas juncias y el Tonio se sentó en una piedra y se puso a mirar el agua, con cara grave, porque, por primera vez desde que dejó la chabola del barrio de "las latas", se sentía verdaderamente deprimido, sin ver luz por ninguna parte. Menudo cenizo tenía él encima, se dijo. Como que, cada vez que empezaba a levantar cabeza, ocurría algo que desmoronaba sus planes. Así no había modo. Lo único que necesitaba era un poco de suerte y estaba visto que no la tenía y que nada le salía a derechas. Un verdadero fario, como decía Telino.

Al cabo de unas horas, regresaron a la ciudad lentamente; no tenían ninguna prisa; comprendían que de un modo u otro, se verían obligados a intentar algo, pero no acertaban a adivinar el qué, y esto les mantenía desanimados, especialmente al Tonio. Comieron en una taberna por un par de duros y luego anduvieron brujuleando por las calles, sentándose en los bancos, hasta que fue de noche y por hacer algo, se dirigieron otra vez a la feria, que en aquellos momentos estaba en su apogeo. En una caseta, un borracho invitó a Tonio a un vaso, y él bebió con desgana, pasando la tapa a Hamido que, como era moro, no probaba el alcohol. El borracho empezó a entusiasmarse y a cantar, y, entonces, el Tonio, dio media vuelta y lo dejó. Anduvieron un rato entre la gente, mirando las barracas, y se detuvieron a escuchar la música de los altavoces y a ver actuar a un payaso, que gesticulaba en un tablado; hasta que, de pronto, apareció de nuevo el borracho y, al reconocerlos, se empeñó en volver a invitar al Tonio, y éste, con el vino, empezó a ver las cosas con menos acedía. Y eso que aún ignoraba que había venido a alojarse en su cerebro una de sus ideas, y que mientras bebía y pasaba las tapas a

Hamido, la idea iba tomando cuerpo, sin que él se diera cuenta; por eso, cuando, súbitamente, se volvió al moro y dijo que no estaría nada mal ponerse los dos a trabajar con los pinchitos, le pareció que acababa de tener una inspiración. Hamido consideró despacio la cuestión y, en efecto, tuvo que admitir que, no estaría mal. Y el Tonio, que era un fantástico, como decía Emilia, se dejó arrastrar nuevamente por su optimismo.

IX

Que el Tonio no acabara de adaptarse a la feria y, aunque él y Hamido llevasen varios meses en ella y se sintiesen allí tan desplazados como el primer día, no era culpa suya, porque ya decía él que las cosas no habían salido a medida de sus deseos ni mucho menos. Su pensamiento no era pasarse la vida rodando, como el resto de los feriantes, de un sitio para otro, por el gusto de montar el hornillo de los pinchitos y una mesa que compraron en una taberna de Córdoba, para liquidar a seis duros por noche, sino que él tenía otras pretensiones. Solamente que, aunque habló con don Román, el dueño de los carriles eléctricos, y con Monsieur Gadin, el ilusionista, que tenía más mundo, no logró convencerles ni conseguir que le anticipasen el dinero que él precisaba para poner en marcha su proyecto. Y que era inútil que se lo discutiesen, porque el Tonio no se apearía de su opinión de que se trataba de un asunto de envergadura; él sabía lo que se decía, y lo tenía todo muy bien meditado, y no podía fallar.

Así que se desesperaba viendo escapársele una fortuna que se hallaba, como quien decía, al alcance de sus dedos, y esto suscitaba en su imaginación la añoranza de *Bujías,* porque, desde luego, éste, que tenía una vista de águila para los negocios, no habría vacilado en echarle una mano. Y cuidado que había planteado la cuestión a don Román y al ilusionista echándole color a la cosa. Hasta Hamido, que era moro, comprendió en seguida que había porvenir en el asunto; en cambio, don Román y Monsieur Gadin se empeñaron en que no y, lo que fue peor, se rieron en su propia cara con mucha suficiencia, como dando a entender que en cuestión de feria, sabían todo lo que había que saber. Que se viera si su idea no era como para dar el golpe. Por lo menos, él no había visto nada parecido desde que se había convertido en feriante, aunque había podido comprobar, por el contrario, que a la gente le gustaban las cosas muy exóticas y muy así, precisamente como él imaginaba su nuevo negocio. Y si no, a ver por qué Monsieur Gadin, el ilusionista, salía a trabajar al escenario vestido de diablo y hablando con acento extranjero, cuando todos sabían que era natural de Toledo.

Su idea, tal como él la había concebido,

era montar una barraca a base de tapices, divanes corridos, bandejas y música de guembris, como en los cafetines que él conocía en Tánger; y poner, para el vino, en lugar de bocoyes, un samovar de bronce, de los de hacer el té; y servir la bebida en vasos de filigrana dorada, como los de los moros; y que Hamido asase sus pinchitos, que era lo suyo, a la vista del público, vestido con chilaba y turbante; y que la gente se emborrachase en cuclillas, creyendo verdaderamente que se había asomado a un cafetín de la casbá. Pero como hasta entonces no había podido llevar a cabo su programa, ni parecía que fuera a verlo nunca realizado, andaba el Tonio lamentándose y diciendo que, en cierto modo, era mejor empleo el de las medallas, y que, si no hubiera sido por lo que habló el cosario, ya habría abandonado aquello y habría vuelto a la otra ocupación. Unicamente que, como no le quedaba otra elección ya que no podía regresar a Algeciras, se resignaba, pensando que era peor la cárcel. Por su parte, Hamido se encontraba menos descentrado, desde que el olor de los pinchitos le traía de continuo a la memoria el recuerdo de su tienda del Príncipe, pero no por ello acababa de tranquilizarse del todo; y eso que, aunque des-

de que iban con la feria no se detenían quince días seguidos en ningún sitio, el trabajo resultaba, en cambio, muy descansado; encendían el hornillo a las ocho de la noche, y a las dos de la madrugada se iban a dormir; y el resto del tiempo era completamente suyo, y Hamido podía tumbarse al sol sin que nadie le incomodase, y esto le compensaba.

El Tonio había descubierto que la feria constituía un mundo completamente desligado del otro, y que los feriantes no se preocupaban para nada de las personas de fuera, y, aunque las veían al tirar al blanco o montar en la noria, ni siquiera reparaban en ellas. Claro que en aquel universo también había clases, y si, como el Tonio había comprobado, Dimas no tenía la misma consideración que *Bujías,* tampoco podían compararse don Román y el *Conchas,* por ejemplo, puesto que don Román, el de los carriles, vivía en un hotel, y, cuando llegaban a un sitio, mandaba a un tipo que vigilara la instalación de los aparatos y a otro que le llevase la recaudación por las noches, y, con eso, ya lo había hecho todo; en tanto que el *Conchas* era dueño de una barraca muy costrosa, con cuatro botes de hojalata que la gente apedreaba con pelotas de trapo. Ellos

mismos, Hamido y el Tonio, no tenían allí ningún ambiente, y si los feriantes les toleraban, porque no les quedaba otro remedio, no se andaban con ellos con ningún miramiento; con estas cosas, él, el Tonio se encontraba permanentemente amargado, ya que, según decía, él no estaba acostumbrado a ser el último, "la escora, vamos", ni a que le mirasen por encima del hombro, puesto que había trabajado con una persona como *Bujías,* que tenía tanta categoría como el mismo don Román, por lo menos.

Por eso, una noche, en Logroño, que entró en la "Ciencia Oculta" a pedir carbón y se encontró a la hija de Canseco, que era el dueño de la caseta, y la chica le sonrió, se sintió emocionado, porque él no estaba habituado a estas finuras. La barraca de la "Ciencia Oculta" tenía pintado un mago con barbas en la fachada, ranuras por todas partes y un letrero que decía: "Echa una peseta en el mes de tu nacimiento y sabrás tu destino". Pero lo que la gente ignoraba era que, cuando Canseco repartía el destino impreso en papelitos de colores, observaba antes por un agujero al cliente, y se lo daba bueno o malo, según lo encontrase simpático o no; y, desde luego, que si era mujer y además fea, siempre la largaba el peor,

porque lo que él decía: "Si no la gusta, que no venga". La chica tenía diecisiete años y era monilla y rubia, y muy poquita cosa; se llamaba Ángela, pero todos, incluso su padre, la decían Sonia, de cuando trabajó de cabeza parlante, hacía unos años, y tenía que decir a la gente que había nacido en Ucrania. El Tonio ya se había fijado anteriormente en ella, sólo que como nunca la había visto sonreír no se dio cuenta de lo bonita que era; pero aquella noche, cuando volvió con el carbón y se sentó a cobrar, que era lo que él hacía, al lado del hornillo, se puso a pensar en la chica y, al final, hubo de reconocer que verdaderamente se reía con toda la cara.

A partir de entonces, el Tonio iba casi todas las noches a por carbón a la "Ciencia Oculta", porque Canseco y su hija vivían dentro de la barraca, y se ponía a hablar con la muchacha; y en una ocasión en que el viejo estaba fuera se quedó allí más tiempo, e incluso se puso a ayudarla a recoger las monedas, doblar los destinos, pasarlos por las ranuras y hacer sonar el timbre. Sonia le sonreía continuamente con toda la cara y él se turbaba al verlo, porque las mujeres con que había alternado algunas ve-

ces en el cabaret de la *Egipcia* no eran como la chica, ni mucho menos.

De pronto cogió Sonia un papel de color rosa, dijo: "Toma" y se lo entregó, y el Tonio leyó que se enamoraría de una rubia y, como Sonia era precisamente rubia, se lo pasó a la otra, haciéndole notar la coincidencia. A ella se le encendió la cara.

—¿Es que ya lo sabías? —preguntó el Tonio.

Replicó Sonia, en un susurro, desviando la mirada:

—Claro.

Y entonces se cogieron las manos y él la besó suavemente en una mejilla y después en los labios.

Cuando salió de la "Ciencia Oculta", el Tonio iba aturdido y con deseos de llorar, pero no de tristeza como en otras ocasiones, y esto sí era la primera vez que le ocurría, por lo que se sintió extrañado por ello. Luego, como necesitaba confiarse a alguien, contó a Hamido lo ocurrido, y el moro le miró y le propinó unas palmadas en el hombro, y entonces el Tonio se alejó de la feria y se fue a pasear por el parque con las manos en los bolsillos, andando muy despacio; por fin se internó en un jardín completamente en sombra, fue a sentarse en un banco, en-

cendió un cigarrillo y se puso a soplar distraídamente el ascua, aproximándola a los labios hasta sentir en ellos el calor de la lumbre, y, como esto suscitó en él el recuerdo del beso, el Tonio empezó a comprender que todo acababa de cambiar en su vida.

X

Tras de las de Logroño venían las fiestas de San Antolín, en Palencia; luego, por San Mateo, las de Valladolid y, por último, en octubre, las del Pilar, de Zaragoza, y a continuación aparecían los primeros fríos y los feriantes se dispersaban. La mayor parte de ellos emigraba, con sus remolques, a los pueblos del Sur, aunque había algunos, como el *Conchas,* que entraban a trabajar en un oficio, y otros, como Monsieur Gadin, el ilusionista, que se unían a un circo, contratándose para la temporada invernal. Don Román se instaló con sus carriles en Madrid, en un solar de Cuatro Caminos, y Canseco fue a parar a Ávila, donde tenía una hermana, a la que andaba tanteando por cuestión de unas tierras. El Tonio se empleó con don Román, quedándose con él al frente de la caja del negocio; acostumbrado al invierno en Ceuta, el de Madrid le resultó muy crudo y melancólico, y esto, unido a la ausencia de Sonia y también a la de Hamido, que había emigrado a invernar a Estepona, le mantenía en un estado

de continuo desasosiego. Por esta causa, cuando se reunió nuevamente con ellos en Valencia, para las Fallas, le pareció como si hubiera vuelto a encontrarse a sí mismo.

Sentado ante la caja, divisaba ahora continuamente las bombillas de la fachada de la "Ciencia Oculta", y como, por otra parte, Sonia se dejaba caer de cuando en cuando por los carrilles, a charlar con el Tonio, éste empezó a sentirse como si acabara de revivir. A veces, se acordaba también de *Bujías,* y aunque, en las ocasiones en que esto ocurría, acallaba sus remordimientos, asegurándose que en cuanto se aclarasen un poco las cosas regresaría a Ceuta, él mismo se percataba de que su entusiasmo había perdido ya la vehemencia de los primeros días.

Canseco, el de la "Ciencia Oculta", se había enterado de lo de su chica y el Tonio; pero, aunque nada dijo, porque era un profesional del destino y comprendía que era completamente inútil oponerse a él, lo desaprobó interiormente. Ahora bien, si la elección de Sonia no le complacía, no era por nada de particular, según afirmaba, sino porque el Tonio no parecía proporción para la muchacha, sobre todo ahora que Canseco andaba tanteando a su hermana por cues-

tión de unas tierras. Él no decía, cuidado, que fuese mal sujeto, sino que no tenía porvenir, y esto a la vista estaba, porque no es que fuera propietario de cuatro tablas y unos botes viejos como el *Conchas,* sino ni siquiera de un mal aparato de los de probar la fuerza, que era lo último. Y ya se sabía que los que pitaban en la feria eran los tipos como don Román, el de los carriles, aunque, desde luego, tampoco Canseco aspiraba a tanto y, puesto a pedir seguridades, se habría conformado con un carrousel infantil o un tío-vivo.

El Tonio se desenvolvía en la caja con mucha soltura, aunque, como se daba cuenta de lo precario de su posición, trataba de justificarse ante sus propios ojos diciendo que, entre si volvía o no con *Bujías,* mejor estaba allí que en otro sitio. Claro que él no se daba cuenta todavía de lo que influía la muchacha en esta decisión. Tampoco los meses que estuvo empleado con don Román fueron tiempo perdido, puesto que había aprendido a considerar las cosas desde un punto de vista completamente nuevo. El dinero que manejaba no era suyo, desde luego, pero él era quien contaba los billetes, les empaquetaba, les ponía dentro de una bolsa, se los llevaba a don Román, al hotel,

y se los entregaba diciendo: "la recaudación"; y como, con estas cosas, el dueño le tomó confianza y siempre mandaba al Tonio en su lugar a las pujas de los Ayuntamientos, y el chico levantaba las propuestas y gritaba "doscientos más" con mucha convicción, se movía actualmente con otra gravedad y otro empaque. Ocurría también que cuando ahora comparaba a don Román con *Bujías,* salía éste perdiendo, ya que el de los carriles tenía lo menos tres millones, y eso que cuando empezó en el año 40 estaba empeñado hasta las cejas, y negocios así eran los que le extasiaban al Tonio. Porque como don Román era un caballero, e iba siempre a la última, y llevaba una sortija en un dedo que debía valer diez mil duros, y hablaba muy fino, y sonreía mucho, y si decía que sabía de la feria todo lo que hay que saber, resultaba que era verdad, y se cuidaba las manos, y usaba corbata de lazo y lentes, y no parecía un feriante, sino un catedrático, el Tonio se sentía maravillado. A menudo, lo comentaba con Hamido. El moro había recuperado parte de su tranquilidad, pero no toda, y todavía si alguien vestido de gabardina, se detenía delante del hornillo, a verle trajinar con los asadores, perdía el control de los nervios y se queda-

ba receloso y a la expectativa, porque el Tonio podía olvidarlo, si le parecía, pero él no, que la Policía seguía tras ellos. No obstante, como liquidaba a seis duros por noche y ya no partía con el Tonio, y vivía aún mejor que en el Príncipe, se consolaba.

Una mañana apareció Sonia con un libro muy grueso, de pastas de color naranja. Se fue para el Tonio, abrió el volumen, dijo: "Mira", y el otro leyó: "3 de Septiembre. Logroño. 80.000 habitantes. Ferial de ganado", y ella tapó la hoja con los dedos y le observó fijamente, y el Tonio comprendió que quería decir que dentro de cuatro meses haría un año que se conocieron, pero, como esto no tenía sentido, expuso, un poco al azar, porque se sentía desconcertado:

—Ya lo celebraremos.

Ella no contestó, sino que se puso a su lado, y los dos echaron a andar cogidos de la mano, entre las barracas, que, a aquella hora, todavía no habían levantado los toldos. De pronto, Sonia se detuvo y preguntó al Tonio que si la quería, y él, en lugar de responder oprimió su mano. Ella dijo:

—Acabo de hablar con mi padre.

El Tonio la miró a los ojos.

—¿Ocurre algo?

—Pues sí.

Él se alarmó, y Sonia adujo melancólica:

—¿De veras lo crees?

—¿El qué?

—Que lleguemos a celebrar lo nuestro.

El Tonio contestó que naturalmente, pero ella lo puso en duda, porque faltaban todavía cuatro meses, y él entonces replicó, riendo, que él tenía bastante cuerda y no pensaba morirse tan pronto.

Replicó Sonia:

—Me conozco de memoria a mi padre.

Y se puso a relatar al Tonio lo que Canseco había hablado el día anterior con ella; contó que él no se oponía a que se quisieran, desde luego, porque era la persona menos indicada para hacer frente al destino; pero que, sin embargo, no dejaba de comprender que Sonia era una criatura; y que un empleo de cajero no era futuro para un chico; y que como Sonia no discurría tendría él que hacerlo por los dos; y que por eso había querido hacer que recapacitase; y que él no tenía nada que decir contra el Tonio; y que un padre siempre pretendía para sus hijos lo mejor; y que estaba seguro de que Sonia comprendería; mas, como ella siguió callada, Canseco aprovechó la coyuntura y se puso a alabar a Lino, el del "teatro Sanders", que estaba loco por la chica, como

sabía todo el mundo. Eso sí que era un porvenir. ¿O es que Sonia no se había percatado de la envergadura del negocio? Ocho artistas, dos funciones por noche y un aforo de lo menos sesenta personas. Valía la pena que ella lo pensase detenidamente.

Cuando el Tonio oyó mencionar el nombre de Lino, se puso sombrío. Era un tipo remilgado, de bigotito, que andaba con mucho contoneo y haciendo sonar los tacones. Contaba lo menos treinta años y trabajaba en el teatro, vestido de cow-boy, con un látigo, aunque, desde una vez en que el Tonio le vio partir un papel de fumar de un trallazo, el chico no se había atrevido hasta entonces a enfrentarse con él, pero, eso sí, cuando se terciaba, se le quedaba mirando a los ojos con mucha fijeza, para dejar bien sentado que no le era simpático el tío. Preguntó el Tonio:

—¿Tú que piensas hacer?

Ella dijo:

—Nada, ya ves. ¿No te quiero a ti? Pues entonces. Sólo que no me gusta que mi padre se meta en mis asuntos.

Al Tonio tampoco le gustaba, y pensó decírselo así a Canseco, pero en seguida rechazó la idea, porque comprendía que el otro era el padre y estaba en su derecho. Du-

rante un segundo, anduvo tentado de decir: "Nos casamos, y en paz", pero se contuvo, porque verdaderamente el sueldo de un cajero, aunque trabajase con don Román, no daba para tanto. Cuando se apartó de la chica, el Tonio se quedó con el "Libro del feriante" en la mano, sintiendo que el mundo acababa de oscurecerse repentinamente a su alrededor. Dentro de dos días, embarcarían para Córdoba. Una vuelta completa al libro. Había viajado. Continuamente. De ciudad en ciudad. Pero nada de esto tenía importancia, porque, aunque él lo ignorase, el que todas las ciudades parecieran iguales, era debido a que los sitios por donde iba Sonia siempre tenían el mismo color alegre y la misma luz refrescante, y en todas partes se sentían los dos con el mismo deseo de reir. Ahora, sin embargo, el Tonio no reía. Tenía ceño. Estaba pensando que en cuatro meses podían ocurrir muchas cosas, y que acaso era eso lo que Sonia había pretendido hacerle comprender.

Pasaron por Córdoba y al final recalaron en Algeciras, el primero de Junio, como estaba previsto por la tabla, y allí se encontró el Tonio con Santitos, que acababa de llegar de La Línea. Santitos se puso muy

contento al verle, le llevó a un bar y le convidó a unas perras de vino. Luego dijo:

—Tu amigo *Bujías* ya está en la calle, por si quieres saberlo. Hace bastante tiempo.

El Tonio se alegró y así lo hizo constar, y el otro replicó que él también se alegraba, porque, detrás de Paco *Bujías,* el primero que hubiese ido a presidio, Santitos.

—Es lo bueno que tiene el matute —añadió—, que si te cogen con el contrabando en la mano, te doblan, pero, si no te prueban nada, ni siquiera se meten contigo.

El Tonio quiso saber entonces si eso significaba que él y el moro podían regresar libremente a Ceuta, y Santitos replicó, divertido:

—Pues claro. Cuando quieras, mocete.

Y el Tonio se llevó la copa a los labios, sintiéndose verdaderamente extrañado al comprobar que le temblaba la mano.

XI

Mientras desatracaban, el Tonio se había acodado en la borda para que le cogiera la brisa de cara y escapar al mareo, porque los almadraberos, que habían conocido su debilidad, se le choteaban por esta causa y le traían aburrido; y al fin y al cabo, él se mareaba, pero no por eso dejaba de echar mano a los artes e izar los pescados a bordo con el garfio, lo mismo que cualquiera. El patrón dijo al de la máquina: "Tú, echa ya avante", porque habían salido de las lajas y no había peligro de encallar, y el motor trepidó, y la traíña enfiló a la almadraba, aunque, como había hinchón de levante, se encabritase toda por la proa. El Tonio hacía por no mirar al agua, y clavaba los ojos en el horizonte, donde Cabo Negro, pero como en una virada, salió Castillejos por la amura y él lo vio, se acordó del moro y de cuando iba bordeando la playa con el saco a la espalda para burlar a los aduaneros, y empezó a preguntarse qué habría sido de él en los dos meses largos que hacía que se separaron. Porque ocurrió que Hamido no quiso

abandonar el *hornillo* y se quedó en la feria, debido, por lo que anduvo explicando al Tonio, a que él tenía su carácter y le gustaba vivir en paz con todo el mundo y no estaba dispuesto a que se repitiera lo de antaño. Y el Tonio regresó a Ceuta solo; aunque si mientras estuvo empleado con don Román, el de los carriles, hablaba de su regreso, "para cuando se arreglasen las cosas", sin mucho entusiasmo, sólo por convicción, porque comprendía que no le podía hacer ese feo a *Bujías,* desde que supo lo de Lino, el del látigo, no había deseado otra cosa. Porque él quería demostrarle a Canseco de lo que era capaz y no estaba dispuesto a que la chica fuera a dejarle por el otro, sólo porque el tipo tuviera porvenir, como decían. Él, el Tonio, no había llegado a ser nadie en la Feria, de acuerdo, una moralla de cajero, pero en cuanto se pusiera a trabajar otra vez con *Bujías,* dedicándose de lleno a los negocios, ya se vería hasta donde podía llegar. Así se lo dijo a Sonia, y ella se le puso a llorar y le hizo la escena, y él, entonces, la sopló en el flequillo, porque le gustaba verla sonreir con toda la cara siquiera una vez, antes de marchar.

Sonia trató de hacerlo y, mientras andaba con que si las lágrimas, dijo que por lo me-

nos le hubiera gustado llegar a Logroño; a continuación cambiaron un beso, y ella echó a correr y desapareció, y el Tonio comprobó que él también notaba deseos de llorar, pero de tristeza, esta vez. Luego, cuando llegó al trasbordador y saltó a bordo y sonó la bocina tres veces y pensó que Sonia la habría escuchado, lloró, efectivamente, porque se sentía infinitamente desgraciado. Sin embargo, a medida que el barco avanzaba por el Estrecho, fue renaciendo su optimismo y, a media travesía, ya lo había recuperado por completo. Y era que se encontraba convencido de que ahora que tenía experiencia y estaba enamorado, subiría deprisa, que era lo que importaba. Y, con este pensamiento, se puso a pasear por la cubierta. Más tarde, cuando tuvo Ceuta a la vista y pudo recorrer con la mirada el Hacho, y las casas, y las grúas del puerto, se enderezó y adelantó el pecho, impaciente por saltar a tierra y comenzar, y, aunque se acordó de su madre y de lo que diría al verle, y durante un segundo se puso otra vez melancólico reaccionó inmediatamente, porque estaba llegando su momento, y la vieja, Canseco, el Celso, incluso Telino, tendrían que rendirse a la evidencia. Un marinero, casualmente el mismo que estaba en la toldilla, aburrido, la tarde

que visitó a la *Egipcia* en su casa, pasó junto al Tonio y, al verle:

—¿Qué hay, tú? ¿Por dónde andas metido? —preguntó.

El Tonio le abrazó con alegría, ya que era la primera persona que le reconocía después de tanto tiempo, y ésto le había conmovido.

—He estado un año fuera. Viajando —replicó. Y el otro:

—Así se vive.

Y el Tonio comprendió que tenía razón, que así era como se vivía y se sintió halagado.

Al descender del ferry se encontró solo en el puerto, y, como le urgía empezar, cogió un autobús en el puente del Cristo y se fue a buscar a *Bujías*. No lo encontró en "La Estrella", pero sí a la *Egipcia,* en el bar, y ella le echó los brazos al cuello y dijo: "Nene, ¿que es de tu vida?", y el Tonio preguntó por su amigo. Contestó ella:

—Pero ¿no sabes? Ha vuelto a la parada.

Y como más tarde se enteró también de que el cosario le había limpiado la cartera, y, a *Bujías,* que ahora trabajaba por cuenta de otro, lo encontró tan cambiado que al verle dijo: "Hola", pero sin tomarse siquiera la molestia de salir del coche, como si se hubieran visto el día anterior, el Tonio

introdujo las manos en los bolsillos y echó a andar sin rumbo fijo, porque ahora sí que se le había desmoronado todo, pero que de verdad. Aquella noche le convidó la *Egipcia* a cenar, y, mientras lo hacían, ella dijo:

—Deberías volver con tu madre.

A él también se le había ocurrido esa idea, únicamente que se resistía a aceptarla, porque le costaba trabajo confesar su derrota, y abrigaba, además, sus dudas acerca de que la vieja quisiera recibirle de nuevo. Luego, mientras tomaban un anís en la barra, al Tonio se le ocurrió preguntar, de pronto:

—¿Usted sabe lo que puede costar el barco a Venezuela?

La *Egipcia* le miró sorprendida y replicó que lo ignoraba, pero que por lo menos cinco mil pesetas y el muchacho asintió con un gesto en silencio.

Cuando salió del cabaret eran las once, y el Tonio se encaminó hacia el centro. Necesitaba andar y pensar mucho, porque su cerebro había empezado a arremolinarse desde que, repentinamente mientras cenaba con la *Egipcia* le vino a la memoria el recuerdo del *Legionario*. Y como la idea se había apoderado de él, entró a rumiarla, mientras tomaba un café, a la Cofradía de

Pescadores. La Cofradía tenía sus locales en un edificio macizo, estilo vasco, con un mirador corrido y ventanas pintadas de verde, aunque, en su interior, ofrecía una vaga apariencia de navío, con su escalera con el pasamanos de cuerda, su rueda de timón en la lámpara y sus parejas de remos por las paredes. En el bar, había cuatro marineros, con boina, y tabardo, soplando aguardiente. Hablaron un rato de la melba, pero pronto cambiaron de tema y se pusieron a referirse a la almadraba. El Tonio, que se había sentado en un velador, no prestó demasiada atención a lo que decían, pero, como uno de los marineros empezó a rajar de la temporada, y de que si se cobraba tanto y cuanto, se puso a escuchar, interesado. Resultó, que, en la próxima semana, calaban las redes de la almadrabilla, y que los que charlaban, habían decidido contratarse, y calculaban que, entre el jornal y los porcientos, bien podía ocurrir que saliesen, al final, por mil doscientos duros, justo lo que el Tonio necesitaba para su barco a Venezuela. Así que, al otro día, se dirigió a ver al capitán de la Almadraba y pidió enrolarse y lo admitieron, porque tenía diecinueve años y había medrado mucho y tenía más cuerpo que

cuando abandonó el Instituto. Él ya sabía que lo de la pesca no se avenía a su carácter, porque estaba acostumbrado a otra cosa, pero como no eran más que seis meses, y se había embalado con lo de Venezuela y no veía otra solución, se resignó, pensando en lo que diría Canseco cuando él le diera con el título de una mina en mitad de la cara.

Aún seguía acodado en la banda cuando dijo el patrón: "Para", al de la máquina, y el motor dejó de funcionar y la embarcación resbaló por el agua, y los de guardia la arrimaron con el bichero; luego: "Amarra" y la encastellaron, y el Tonio y los otros saltaron al barco, y la traíña se volvió en seguida. Era lo mismo que habían hecho decenas de veces desde que comenzó la temporada, decenas de veces que el Tonio y los demás habían ido a tierra para volver al otro día, y no había razón para pensar que pudiera ser distinto en esta ocasión. Porque aunque los barcos se quedaban atados a los amarradillos, junto a las redes, los almadraberos, menos los de guardia, no pasaban allí la noche, sino que los llevaban a la mar a la hora del copo, y esto era lo que más le agradaba al Tonio, por lo del mareo.

Las barcas estaban formadas en cuadro, todas menos una, que llamaban sacada, que

se iba aproximando de través a las otras, pero muy despacio, porque se movía de que los marineros tiraban hacia sí de los artes. Eran lo menos veinte y cobraban redes a mano llena, y se venían jaleando, y, con que "aaaaupa" y "vaaamos" y "yaaaa", sus voces sonaban estrepitosamente, y los corchos punteaban el agua, pero, ahora, con los tirones, se removían y parecían vivos. El Capitán dijo, mirando al agua: "Hoy se darán atunes", y el Tonio se alegró, por su por ciento, pero sólo por eso, porque por lo demás estaba asustado. Era la primera vez, desde que andaba en la almadraba, que anunciaban atunes, y él no ignoraba que no era lo mismo echar el gancho a una malba de dos kilos que a un bicho de doscientos, y tampoco que un atún se cargaba a un tío, si le cogía bien, como quien lavaba, y que si las bancadas estaban resentidas no era de otra cosa que de los coletazos.

La sacada fue cerrando el cuadro, y las redes subiendo del fondo a toda prisa, y los peces también, aunque mezclados a barullo y muy nerviosos, y el Tonio vio un volador y una tintorera y muchos bonitos, y cuando un marinero dijo: "Ahí ya vienen" y observó un reflejo plateado, cogió su gancho y se situó en la borda y sintió frío en el estó-

mago. Los atunes aparecieron en montón, dando coletazos, y el agua se puso a hervir de espuma, y los marineros a gritar, y el Tonio a amedrentarse, pero como no tenía otra alternativa y el capitán chillaba: "Iza", pero exasperado, cerró los ojos y amagó a un ejemplar con el garfio, sólo que, al hacerlo, tuvo la impresión de que acababa de lanzarse desde un avión, al vacío, como una vez, en que le plantó cara a su madre. Los marineros enganchaban a los atunes por un ojo y los subían a la barcaza diciendo: "Auuup", y el Tonio se sintió arrepentido de haberse enrolado en la almadraba, porque él estaba acostumbrado a otra cosa, y sus rodillas crujían del esfuerzo, y los almadraberos se burlaban de él y le llamaban flojo.

Las redes se atirantaron, completamente a flor de agua, vencidas por el peso de los animales, y los marineros entraban y salían de la barca y pasaba por encima de los atunes, como si nada, y el Tonio también, porque no le quedaba otra alternativa; pero como era nuevo y tenía miedo y se reservaba y los coletazos azotaban el aire con mucha furia, pensó que sería un milagro si no le alcanzaban. Estaba empapado de agua y sucio de sangre y de brea y muy pálido, y manejaba el gancho como por inercia,

sin demasiada convicción, como sin darse cuenta de lo que hacía. Por eso, cuando uno le advirtió: "Anda con ojo, que hacen pupa", el Tonio ni creyó siquiera que se estuviera dirigiendo a él; ni tampoco un segundo después, cuando salió proyectado contra la barcaza y sintió un dolor violento en una pierna, y un marinero soltó un taco a su lado y dijo: "Muchacho", y todos se pusieron muy nerviosos, y le cogieron por los sobacos, y lo metieron en el barco; solo que, de repente, Sonia empezó a sonreirle con toda la cara, y esto sí que estaba seguro de que era para él.

XII

Al principio de estar en el hospital, el Tonio se sentía muy desgraciado, no porque le hubieran dicho que quedaría algo cojo, sino porque comprendía que, mientras tuviera la pata enyesada, colgada de una barra, y con una pesa sujeta del talón, no podría intentar nada de lo suyo; pero, cuando un día llegó el de la Mutua y le hizo firmar unos papeles y le dijo que le correspondían ochenta mil pesetas por el accidente, le pareció que se desvanecía, porque él no había visto nunca tanto dinero junto, ni siquiera cuando trabajaba con don Román, el de los carriles. Desde que ocurrió lo de la Mutua, Paco *Bujías* le visitaba a diario. Llegaba y se ponía a los pies de la cama, se acodaba en el borde y se le quedaba mirando en silencio, por entre la escayola, con gesto contristado, meciendo la cabeza, hasta que se cansaba y se iba. Así durante dos semanas. El Tonio no sabía qué pensar del asunto, porque seguía desilusionado de *Bujías*, desde la noche en que se llegó a visitarle a la parada; pero tampoco dejaba de compren-

der que los amigos eran para las ocasiones y que ahora iba a visitarle todos los días e incluso, movía de cuando en cuando la cabeza, como dando a entender que el chico le tenía preocupado. Un día, sin embargo, *Bujías* arrimó una silla al lecho, se sentó, miró al Tonio, y se puso a platicar con él, pero en tono conciliador.

—¿Qué piensas hacer luego? —preguntó.

El Tonio quiso saber cuando y el otro dijo:

—Al salir del hospital.

Aún no tenía nada decidido, explicó el Tonio; aunque no se inquietaba por ello, porque hasta Diciembre no le darían de alta y le quedaba tiempo para pensarlo. No obstante, era casi seguro que se embarcaría para Venezuela. Dependía de como quedase de la pierna, cuando le quitasen el yeso.

Bujías levantó la barbilla, se puso las gafas y adoptó un gesto levemente condescendiente, como si no concediese ninguna importancia a lo que el otro había asegurado.

—No te metas en dibujos, chavea. Cada uno a lo suyo. ¿O es que te gusta complicarte la vida?

Lo malo del Tonio era que se dejaba impresionar fácilmente, y si cuando trabajaba con don Román y comparaba con él a *Bujías*

salía éste perdiendo, ahora, que lo tenía delante, se sentía subyugado por él.

—Tengo un buen asunto a la vista, y, si nos aviamos, nos ponemos a ello. Como antaño.

Inquirió el Tonio:

—Pero ¿qué haría usted con el taxi?

—Dejarlo. La parada ya no es negocio.

A continuación, se puso a explicar que estaba a punto de conseguir la representación de una casa alemana de coches. Era una marca nueva, y el auto, una preciosidad; de dos tiempos, siete caballos y poquísimo consumo. Como para abrir la tienda y que la gente se lo quitara de las manos. La fábrica que la casa tenía en Colonia, lanzaba treinta unidades por día.

Fíjate.

Sacó unos catálogos del bolsillo.

—Ahí lo tienes— dijo; y como le habían salido los dientes en el oficio, se enredó a hablar de cilindradas, recorrido del pistón y gasolina por su peso, y a mover el dedo sobre la cartulina como un puntero. El Tonio se dio cuenta en seguida de que el asunto tenía porvenir, y aseguró que le gustaba, y Paco se mostró satisfecho y replicó que no esperaba menos. Lo que ocurría era que

para que la casa le concediese la representación, necesitaba capital.

El Tonio se había dejado arrastrar por su imaginación, y se vio vestido como don Román, viviendo en un hotel, sentado ante una mesa de despacho, como la de la sucursal de Casablanca, cuando lo de Telino, y como la imagen le complugo, sonrió, y una vez que Bujías hubo dicho: "A pasarlo bien y que pienses en ello" y se fue él se quedó rumiando, en efecto, la idea, acordándose de Canseco, de Lino y de lo que dirían al enterarse.

Pero al día siguiente se presentaron Emilia y Mauricio en el hospital. El Tonio se emocionó, porque verdaderamente no creía que la vieja se acordase ya de él. Ella lloró un poco, preguntó como seguía el Tonio de la pierna, y dijo que lo encontraba blanquito como la pared, pero no mencionó para nada el pasado. Emilia parecía ahora unos años más joven, de que llevaba faja, el pelo recogido, mantilla y bolso, y el Tonio así lo hizo constar y Emilia se azaró un poco, riendo, y miró de pasada a Mauricio. El comestiblero se limitó a sonreír, enseñando sus dientes de oro, sin su guardapolvos, parecía como desdibujado, y el Tonio comprendió que era la tienda la que le daba

brillo. A continuación, Mauricio, que hablaba muy pausado, preguntó al Tonio, como *Bujías*, qué pensaba hacer cuando saliera, pero el chico ocultó sus proyectos, porque la presencia de Emilia le cohibía.

Dijo ésta a Mauricio, con idea de que el Tonio lo oyese:

—Como tiene dinero, ya no querrá estudiar.

El comestiblero replicó que claro, y que haría bien, porque con cerca de veinte años no parecía natural empezar otra vez con los libros.

—Todo tiene su época —afirmó. Después, dirigiéndose al Tonio, expuso que, en su opinión, lo más propio sería que pusiese un comercio de ultramarinos como el suyo, y cuando Emilia terció, un poco moruga, porque ella con su idea de "La Industrial, S. A.", adujo Mauricio:

—¿Es que tienes algo que oponer?

Y, por el tono ofendido con que lo dijo, se notó que se sentía orgulloso de su posición.

El Tonio no respondió, pero, en cuanto le dejaron solo, empezó a pensar en la tienda, y al imaginarse a sí mismo embutido en su guardapolvos como Mauricio y pesando len-

tejas, frunció los labios y asintió con gesto, complacido.

Una monja apareció en la puerta con un vaso, ladeando la cabeza al pasar, para dar entrada a la toca. El Tonio la llamó. Dijo:

—¿A cómo somos hoy, hermana?

—A doce de agosto. ¿Por qué?

—No, por nada.

Y cuando la Sor avanzó por la sala, el Tonio empezó a calcular y dedujo que aún faltaba cerca de un mes para las ferias de Logroño. Luego extrajo de debajo de la almohada el libro de color naranja, buscó el 3 de setiembre, cubrió el volumen con el embozo de la sábana y se quedó como extasiado, con la mirada perdida en el vacío, como solía hacer Hamido. Y sonreía. Y Sonia también, sólo que con toda la cara.

Manuel Alonso Alcalde

Nació en Valladolid, el año 1919.

Co-fundador, en 1940-41, de la revista de poesía *Halcón.*

Ingresa en el Cuerpo jurídico Militar, en 1943.

Forma parte de la llamada "Generación de 1940".

Premio Ciudad de Ceuta, de poesía, en 1955.

Premio Marruecos, de poesía, en 1956.

Premio República Dominicana, de poesía, Santo Domingo, 1958.

Premio Juegos Florales Eucarísticos Hispano-Americanos, Toledo, 1960.

Premio Centenario del Castillo de Tarifa, 1960.

Premio Rusadir, de poesía, Melilla, 1964.

Premio Sésamo, de novela corta, 1960, con *Ha caído una piedra en el estanque.*

Premio Asociación Condal, de cuentos, Barcelona, 1961.

Premio Ateneo de Valladolid, de novela corta, 1964, con *Unos de por ahí.*

Premio Ateneo de Madrid, de teatro, 1959, con la obra *El agua en las manos,* estrenada en Madrid en 1961.

Ha colaborado en *A B C, El Español, Arriba* y en *El Norte de Castilla,* de Valladolid.

Es comandante y reside en Ceuta desde 1948.

LNP